



# Purísima

## DE LONQUÉN

HERNÁN BUSTOS VALDIVIA



**MEMORIA  
Y DERECHOS HUMANOS**







# Purísima

DE LONQUÉN



# Purísima

DE LONQUÉN

Hernán Bustos Valdivia







*Dedicado a las mujeres chilenas que  
han engendrado vida y justicia.*



# ÍNDICE

Presentaciones	12
Prólogo	17
Introducción	21

## **Primera parte:**

### **Hay más felicidad en dar que en recibir**

Una niña campesina	26
El primer encuentro	30
Peregrinando por los campos	35
Dar hasta que duela	42
Las <i>razzias</i> y el almacenero de Maipo	45
En las viñas de Isla de Maipo	58
El fundo Naguayán	62
Unos pequeños gustos	78

## **Segunda parte:**

### **La tragedia infinita**

Amargo amanecer	102
-No se preocupe, voy a volver...	104
¿Dónde están?	110
La búsqueda incansable	118
Hornos de Lonquén	121
La búsqueda de justicia	127
Vengo a contarle al mundo...	138
El dolor es como un borracho	142
El descanso final	145
Epílogo	149

## PRESENTACIONES

El libro de Hernán Bustos dedicado a Purísima Elena Muñoz de Maureira, es un recorrido desconsolado por la biografía de la madre y esposa de Sergio Maureira Lillo y sus cuatro hijos, Rodolfo Antonio, Sergio Miguel, Segundo Armando y José Manuel; desaparecidos el 7 de octubre de 1973, y cuyos cuerpos fueron encontrados en noviembre de 1978 en los Hornos de Lonquén.

Este hallazgo, en donde también se descubrieron los restos de Óscar Hernández Flores y sus hermanos, Carlos y Nelson, de Enrique Astudillo Álvarez y sus dos hijos, Omar y Ramón, y de los jóvenes Miguel Brant, Iván Ordóñez, José Herrera y Manuel Navarro, marcó un hito en la historia de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura militar en Chile, puesto que entregó pruebas certeras de la existencia de un método represivo, un hecho que hasta ese entonces había permanecido en negación. Los Hornos de Lonquén son el testimonio de una verdad que llenó de consternación y dolor a la comunidad nacional e internacional, entregando evidencia de que en Chile existieron desapariciones sistemáticas y forzadas, que hoy —en el marco jurídico internacional de los derechos humanos— son consideradas como crímenes de lesa humanidad.

A pesar de que nos presenta los sufrimientos y humillaciones vividas durante esos años, esta historia de dolor se resignifica justamente en las familias campesinas. En las madres, las esposas, los hermanos, las hermanas, las hijas e hijos, quienes a pesar de la indolencia, respondieron con un

coraje, una dignidad y una fuerza impensada frente a las circunstancias. Una fuerza que los guió en la búsqueda incansable de la verdad y la justicia, dejando un legado de esperanza para el futuro de nuestro país.

Esta es la historia de Purísima Eliana, una existencia a través de la cual podemos comprender cómo el amor y la dignidad constituyen verdaderos cimientos solidarios frente a la tragedia, capaces de brindar un espacio de protección para ella, y tantos otros, que encontraron refugio en la vivencia compartida de sus dolores. Su vida es, en este sentido, un ejemplo de fortaleza nutrida de humanidad, un modelo que como Consejo Nacional de la Cultura y las Artes tenemos el deber de difundir, pues esta historia —que pone la dimensión humana de esta tragedia en términos públicos y aporta a la verdad—, contribuye con la dignificación de las víctimas a la reparación simbólica y al “rescate de la memoria histórica y el diálogo intercultural como motor de identidad y la defensa de los derechos humanos y el respeto por las minorías”, uno de los principios orientadores que desde el 2011 se encuentran contemplados en las políticas culturales de nuestra institución.

Esperamos de todo corazón, que esta historia de resiliencia y valentía, promueva efectivamente la integración de nuestro pasado reciente como un aprendizaje para el futuro.

Ernesto Ottone Ramírez  
Ministro Presidente  
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, en el capítulo destinado a las Medidas de Reparación Simbólicas y Colectivas de su Informe Final, propone la “Declaración de los principales centros de tortura como monumentos nacionales y la creación de memoriales y sitios recordatorios de las víctimas de violaciones a los derechos humanos y violencia política. Para ello se formula evaluar lugares con las características de ser identificados por las víctimas como representativos de lo ocurrido, ubicados en diferentes regiones y que puedan servir al propósito de reconocimiento de lo sucedido y compromiso con el respeto de la dignidad de las personas” (Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004, p. 630).

Estas medidas fueron acogidas en los compromisos del Programa de Gobierno de la presidenta Michelle Bachelet, en el capítulo de derechos humanos, estableciendo los siguientes objetivos: “apoyar el mantenimiento de las instituciones de la sociedad civil de defensa y promoción de los derechos de las víctimas de los crímenes de la dictadura, especialmente de las que poseen una trayectoria histórica y simbólica en la materia; desarrollar un programa sistemático y nacional de recuperación y conservación de testimonios de la memoria histórica de violación masiva y sistemática de los derechos humanos; desarrollar una política de recuperación de todos los sitios de memoria histórica donde se violaron los derechos humanos, velando por su mantención básica y permanente; desarrollar una estrategia específica para vincular a los sitios de memoria histórica con las nuevas generaciones (Bachelet, 2013, p. 165).

Acogiendo estas recomendaciones y compromisos de políticas públicas que aportan a las medidas de reparación simbólica, el año 2015 el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes asumió esta responsabilidad —desde la comprensión de que la cultura es un

medio y un fin imprescindible para la preservación de la memoria histórica y la vinculación con la promoción de los derechos humanos— y creó, alojada en el Departamento de Ciudadanía Cultural, la Unidad de Cultura, Memoria y Derechos Humanos, cuyo propósito es contribuir al fortalecimiento de las capacidades de gestión cultural en los sitios de memoria, siendo una de las principales estrategias la visibilidad de las producciones artísticas y culturales que den cuenta del pasado reciente. Tal es el caso de esta publicación, que aborda la historia de Purísima Elena Muñoz de Maureira, una biografía que transita por la historia del país y nos enseña con su testimonio, la dignidad de una mujer que fortalece la memoria de una sociedad con la búsqueda de verdad y justicia.

Queremos agradecer profundamente a Hernán Bustos, autor de este libro, que generosamente nos ha entregado su trabajo de investigación con el fin de difundir esta biografía, para que las chilenas y chilenos conozcan con mayor profundidad los relatos de una mujer, esposa y madre que, a sus 94 años, nos entrega lecciones para la construcción de una sociedad solidaria y fraterna.

Agradecemos a la Corporación Memoria Lonquén por la confianza depositada en la Unidad de Cultura, Memoria y Derechos Humanos del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes para la publicación de esta valiosa fuente de la historia de Chile.

Por último, queremos agradecer a Purísima Elena Muñoz de Maureira por abrir su vida en este libro y enseñarnos con su fortaleza y dignidad.

Francia Jamett Pizarro

Unidad de Cultura, Memoria y Derechos Humanos  
Departamento de Ciudadanía Cultural  
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.



# PRÓLOGO

Siendo el caso conocido como hornos de Lonquén un hecho de indesmentible significado político, signo de la peor barbarie de agentes del Estado contra quince víctimas civiles tras el golpe militar de 1973, es necesario establecer una mirada desde la perspectiva testimonial y humana. En ese sentido, me parece que auscultar la experiencia de vida, pre y postragedia, de una persona directamente afectada por aquellos acontecimientos, representa un testimonio del más alto valor para las generaciones venideras.

Un exceso de mirada política hace que las sociedades se apropien del hecho en sí, desplazando la cara más íntima, la del rigor y el dolor. Esta última es el propósito de estas líneas, que indagan en la historia de una modesta mujer, cuya vida se parte abruptamente en dos tras el derrocamiento del gobierno popular del presidente Salvador Allende. Se trata de una campesina que engendró 12 hijos y se dio tiempo para acoger a otros tantos en su hogar, haciendo carne aquello que señala que el más bello derecho y privilegio de la mujer es ser madre.

Desde que supe del caso Lonquén, me impactó aquella sucesión de hechos. Avanzado el tiempo fui admirando más a las familias de esos campesinos y jóvenes, en particular a esas damas sufrientes que se volcaron a la búsqueda de los suyos y a la exigencia de justicia. Símbolo de aquello es Purísima Elena Muñoz Contreras, quien perdió en tan fatídicas circunstancias a su

esposo y cuatro hijos, a los que buscó incansablemente durante jornadas que se transformaron en años, ignorando durante todo ese tiempo, igual que las familias de los otros diez apresados que, apenas unas cuantas horas después de la detención, sus seres queridos habían sido ejecutados con suma crueldad a escasos kilómetros de distancia de sus hogares.

Entonces, los que quedaron sufrieron doblemente. Por un lado perdieron para siempre al fruto de sus amores y dedicaciones y, por otro, fueron sometidos a la crueldad psicológica de negárseles información y el paradero de sus restos, en un afán macabro al que no le encuentro explicación más que el odio desencadenado contra los adversarios caídos en desgracia, azuzado desde los altos niveles de la dictadura militar, con la complicidad cobarde de los civiles que le apoyaron.

*Purísima de Lonquén* es testimonio vivo de la dignidad, protagonista de una experiencia no buscada ni menos deseada, símbolo y luz de una sociedad que intenta purgar el dolor, aunque la mayoría silenciosa permanezca indiferente.

Emocionalmente no ha sido fácil escribir estas líneas, porque hacerlo conduce inevitablemente a revivir el dolor; un dolor que Purísima quiere transmitir para que nunca más una esposa, madre, abuela o hija pasen por el martirio que a ella le ha tocado sobrellevar por más de cuarenta años.

Pero esta investigación no pretende centrarse en esa tragedia, pues tan admirable como su lucha es su historia anterior al hecho, que dejan al descubierto una mujer caritativa y solidaria que engendró doce hijos y que se dio tiempo para criar y cobijar bajo su techo a otros desvalidos; que

soportó las desventuras de una vida rural precaria, sin educación y con un matrimonio que la obligó a esforzarse el doble desde su temprana juventud, pero que poco a poco logró afianzarse. Y aunque durante más de 40 años ha tenido que derramar infinitas lágrimas, supo y ha sabido ser feliz con los que se fueron y con los que quedaron, con la paz espiritual que solo las mujeres mártires pueden experimentar.

**El autor**



# INTRODUCCIÓN

No hay palabras de rencor ni de venganza en Purísima de Lonquén, que concentra en una sola persona las virtudes de una madre de familia numerosa; la humildad, el esfuerzo, la entrega y el amor por los desvalidos; la dignidad, la valentía, la entereza y la tenacidad para enfrentar la crueldad, la tortura psicológica, la injusticia, el desprecio, el desdén y aun así tiene la fortaleza para seguir viviendo por más de noventa años, casi la mitad de ellos buscando un porqué a su infinita tragedia, que nunca ha tenido respuesta.

Es primavera en octubre de 1973, pero su familia se deshoja violentamente, porque su esposo y cuatro hijos, junto a otros campesinos y jóvenes de Isla de Maipo, son víctimas de una atroz sinfonía del miedo compuesta desde los más altos mandos de la Junta Militar y que encontró en un oficial de policía al más adelantado de los maestros. El escenario para la puesta en escena son unos hornos situados en los cerros de Lonquén, donde pretenden esconder las consecuencias de un crimen nacido de la sinrazón.

A veces piensa que esa intrigante pregunta no tendría sentido si en el umbral de la puerta ve aparecer los rostros desgarbados, la barba maltrecha y la ropa harapienta de los suyos. Sueña que solo se han ido de viaje, pero se topa con la amarga realidad: ellos fueron detenidos y hechos desaparecer en esas noches posteriores al golpe militar de 1973, que como guadaña fue segando la vida de decenas y cientos de chilenos y que, con particular maldad, cercenó la felicidad de esa modesta familia campesina. Quizás, en la historia de Chile no exista otro

*Purísima Elena y su hijo  
Juan Luis, durante el funeral  
de las víctimas de Lonquén,  
realizado en marzo de 2010.*

*Fotografía cortesía de:  
Claudio Calderón A.*

grupo familiar que cargue con tan pesada cruz. Con justa razón podría preguntarse ¿por qué a mí?, pero en las varias horas de conversación no recuerdo haber escuchado esa frase.

Purísima se niega a dejar de ver el rostro serio y la estampa del hombre al que amó por sobre todas las cosas; la figura serena y tranquila de Sergio, *el Pelao*; del Ñatito, arisco y arrebatado; la timidez de Segundo Armando y la sonrisa eterna de su regalón, el Coco, el más revoltoso y alegre de aquel clan cuya matriarca era esta mujer admirable.

Cuando los observa en sus sueños, Purísima los ve tal como en esas fotografías en blanco y negro que están en el altar que le recuerda permanentemente su presencia, con ni un minuto más y ni un minuto menos, porque allí se detuvo su propia vida, porque lo que vino después es sobrevivencia pura, una batalla insomne contra los desgarros del alma. Allí se atasca, congela y empantana su respiración, pero la hace rebrotar desde lo más insondable de su ser.

Ciertamente, el dolor no se puede medir en términos cuantitativos, ni tampoco se puede dimensionar si no se es víctima del mismo. La angustia que ello conlleva es indescriptible, especialmente cuando se ha sido sujeto de un hecho u episodio de profunda injusticia. Aquello podría perfectamente transformarse en rabia y afanes de venganza, o puede experimentarse tal grado de recogimiento interior que las víctimas optan por aislarse, dejando de lado las ganas de vivir y permitiendo que las horas pasen lo más rápido posible para que la hora de la despedida les libere de ese calvario que parece imposible soportar.

Ella, mujer venerable, gran madre de todas las madres, fue víctima de la peor barbarie, de la más baja miseria humana. Purísima y sus hijas tuvieron que visitar campos de concentración, recintos carcelarios, sopor-

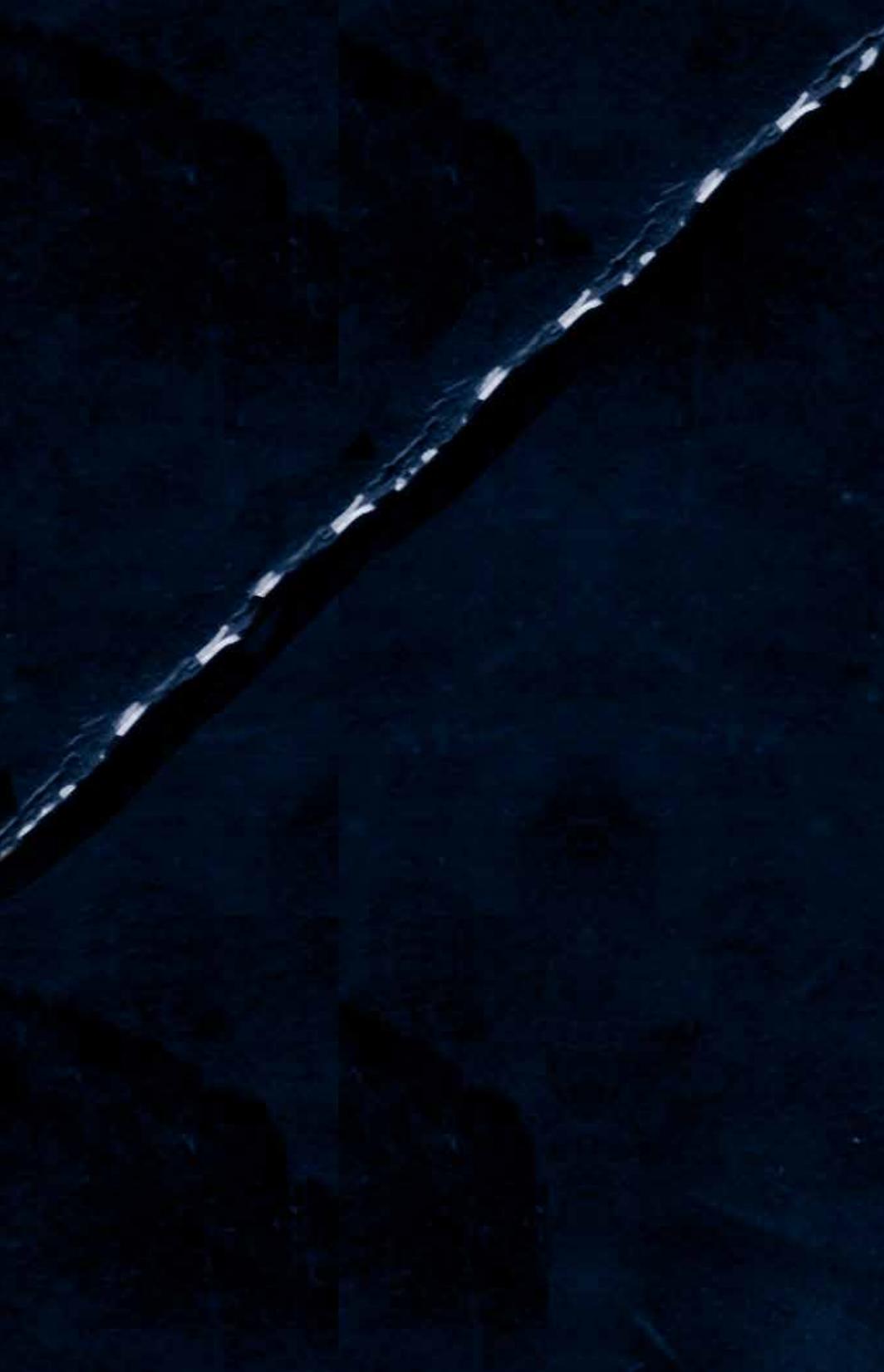
tar dolores físicos y del alma, aguantar humillaciones, burlas y desprecios, y también la indiferencia de los tribunales de justicia, que cuando fueron requeridos un año después de la tragedia, sin investigar un ápice de aquel macabro episodio, solo se limitaron a contestar que los detenidos habían sido trasladados el 8 de octubre de 1973 al Estadio Nacional.

Purísima apenas clama justicia, implorando un gesto, una señal de arrepentimiento que nunca llegará de parte de quienes le quitaron parte de ella misma. Vaya uno a saber si los ejecutores e instigadores de tamaña operación llevan una pesada mochila en sus conciencias o bien siguen pensando que aquello fue legítimo.

¿Cómo puede una persona, ahora nonagenaria, pasar casi la mitad de su vida soportando ese calvario, despertando cada mañana con la ilusión del reencuentro? ¿Cómo puede tener la capacidad de ser profundamente creyente?, aun cuando podría culpar a su mismísimo Dios de los rigores que, en su concepción religiosa, el destino le envió. ¿Cómo puede mantener esa lucidez para recordar cada instante de su existencia?

Es que Purísima es una mujer de otra dimensión, una santa, de una entereza moral solo comparable con esas figuras que muy de vez en cuando aparecen en la historia de la humanidad. Es, qué duda cabe, una persona de una impresionante integridad, que camina erguida por las calles de su pueblo como valeroso símbolo de los rigores. En ella se reflejan miles de mujeres en Chile y millones en el mundo, con la certeza que su estatura las eleva más allá del tiempo.

Esta es la historia de vida, de alegrías, de rigores y dolores y de un calvario que ya se extiende por cuatro décadas, pero que Purísima de Lonquén ha sido capaz de sobrellevar como gran guerrera de la dignidad.





PRIMERA PARTE

Hay más  
felicidad  
en dar que  
en recibir

## UNA NIÑA CAMPESINA

Purísima Elena Muñoz Contreras nació en una vieja hacienda de Viluco, en el valle del Maipo, en tiempos en que el latifundio se esforzaba por mantener la figura del inquilinaje como una forma de evitar el éxodo de los trabajadores agrícolas hacia la ciudad. Esas propiedades eran paralelamente el bastión de las expresiones económicas más tradicionales y conservadoras. No en vano, el fundo Santa Teresa era una facción de la familia Ruiz Tagle, familia vinculada a la propiedad de la tierra desde siglos.

Fue la fría noche del 18 de agosto de 1923 que Purísima vino al mundo de manos de una partera. Su madre era Teresa Contreras, empleada y llavera del fundo, cantora y guitarrera por afición, la que repartía la galleta, un gran trozo de pan hecho con harina de maíz, a los peones e inquilinos del fundo. Era la tercera hija que engendraba junto al tornero mecánico Armando Muñoz, un hombre que tenía un oficio especializado para aquella época. Antes habían llegado Gonzalo y Raúl y más adelante llegarían Genoveva, Ludovina, Luisa, Eliana, Clotilde, Teresa, Juan Luis y Pabla Rosa. Se agregaba a este clan Sergio, hermano por línea paterna.

En ese hogar rural creció Purísima, con la necesidad como invitada permanente a la mesa. Desde corta edad tuvo que ayudar a la madre en las labores de casa, que según la costumbre campesina era el rol al que estaban destinadas las mujeres, tanto así que en las propias inscripciones del Registro Civil se hacía referencia a los quehaceres de casa como “labores del sexo”.

Contrastaba el precario rancho que cobijaba a los Muñoz Contreras con la opulencia de la casa patrimonial y un parque de impresionantes dimensiones, de estilo francés, de finas especies nativas y otras exóticas, que servía de monumental antejardín. Eran árboles y plantas que se elevaban al infinito.

Esos grandiosos ejemplares se levantaban altaneros, soberbios y hasta parecían vanidosos a los ojos de aquella niña morena, que pintaba para ser de baja estatura. Ella los contemplaba absorta, ensimismada, lo mismo que sus oídos se asombraban al alba porque allí tenían refugio los pajarillos, que en una interminable sinfonía de sonidos le despertaban, junto al canto soberano del gallo, que se multiplicaba en las entonces prolongadas y pertinentes distancias, cuando la zona no era más que un minúsculo caserío situado a orillas del camino de Viluco a Lonquén.

Con sus hermanas Genoveva, Luisa, Eliana y Clotilde, se divertía escondiéndose tras esos troncos inmensos, que eran refugio ideal cuando los niños y niñas jugaban a las escondidas, aun sabiendo que a los patrones no les agradaba que los hijos de sus inquilinos irrumpieran en esos espacios reservados solo para la contemplación y la admiración de la familia propietaria y de sus ocasionales visitantes durante los paseos matinales y a la hora de la oración, es decir, en los atardeceres. Aquel parque y su dadivosa sombra era también escenario de los banquetes al aire libre que los Ruiz Tagle solían hacer cada cierto tiempo.

Si no estaban en aquel bosque encantado, estaban en el pequeño patio de la casa que el fundo le asignó a su madre llavera. Allí las niñas jugaban a las rondas, entonando rimas y canciones que aún resuenan en sus oídos, como los días más hermosos de su vida. Purísima entona

*La niña María ha salido en el baile  
Que baila, que baila, que baila  
Y si no lo baila  
Castigo le dará...*

En esos juegos compartió innumerables veces con la mejor amiga de infancia, Inés Grez, hija del administrador del fundo, Alejandro Ubilla, aunque ella había sido inscrita en el libro de nacimientos solo con el apellido de su madre soltera. Aunque las distancias en la estructura social de la época eran enormes, la niña Grez se escapaba a la casa de las Muñoz Contreras para pasar tardes enteras con Purísima y sus hermanas.

Purísima recuerda con especial emoción cuando recibió como regalo en el colegio su primera muñeca, con la que comenzó a aprender el más bello y sagrado de sus roles, jugar a ser madre. El tiempo le premiaría con doce vástagos, algo que se extendió incluso más allá de los hijos e hijas que engendró, a varios otros niños cuya infortunada existencia le conmovió. Purísima estaba llamada a ser la madre protectora, bienhechora y tutora de los desvalidos, madrina procuradora de un minúsculo espacio de dicha para aquellos inocentes, martirizados por las desigualdades sociales.

Eran años en que para la mayoría de las familias campesinas de la época los estudios no eran una prioridad, sino más bien algo secundario, e incluso innecesario, más aún para las mujeres que veían su futuro en las labores de casa. Purísima apenas pudo conocer la escuela en Cunaco, cerca de Curicó, hasta donde había llegado temporalmente con su mamá y su numerosa familia, intentando conseguir una mejor vida. Ese periodo apenas significó algunos meses, tan breves que solo recuerda que su profesora se llamaba Sara y que aquel fugaz paso no le permitió aprender a leer

ni menos escribir. Irónicamente, el destino le hizo trabajar desde los 10 años como empleada de la maestra en labores de aseo y limpieza del jardín, por lo cual recibía algo así como el equivalente a diez mil pesos de hoy.



Inscripción de nacimiento de Purísima Elena Muñoz Contreras

## EL PRIMER ENCUENTRO

La quimera de la madre de Purísima, de una mejor vida para sus hijos, no fue más que un delirio, una fantasía, una ilusión, sueño y ensueño de esas esperanzas eternas de aquel que busca un mejor pasar. El espejismo se tornó tan lejano e irreal, que al poco tiempo estaban de vuelta en su zona de origen. La madre retornó a Maipo en búsqueda de un espacio para sobrellevar la precaria e inestable existencia de sus hijos e hijas, pero sus fuerzas y dedicación no fueron suficientes, por lo que tiempo después, sobrepasada por su precaria condición socioeconómica, debió tomar la difícil decisión de separarse forzosamente de algunas de sus hijas, las que se repartieron por distintos hogares, apelando a la solidaridad familiar. La joven Purísima partió a vivir a Viluco, donde fue acogida por su tía Luzmira y su tía Cota. Ella sabía que su estadía allí no sería solo por el cariño que le prodigaba su parentesco, sino que conllevaba la misión de ayudarles en la atención del almacén que abastecía de cuanto fuera necesario a los habitantes de la localidad. Allí Purísima veía pasar las horas tras un viejo mostrador de madera desvencijada, sin novedad ninguna.

Pero fue en uno de esos días en que quedaría encandilada y deslumbrada con la estampa de un joven, Sergio Maureira, hijo de una amasandera, la señora Uberlinda Lillo. El jovencito, que ya bosquejaba una silueta de adulto, aunque su cara de novato lo delataba, se instaló del otro lado del mostrador. Iba con un encargo de su madre, comprar levadura, el que resultó ser el mejor pretexto para

“meterle conversa”. Sin darse cuenta, los jóvenes sintieron que allí brotaba algo más que una buena amistad. El primer diálogo delató la precocidad de aquel galán:

*—No la conocía a usted, señorita...*

*—Bueno, si no soy de aquí, soy de Maipo, estoy con la tía aquí...*

*—La encuentro tan bonita...*

*—Gracias por lo de bonita...*

*—La quiero tanto...*

*—Yo también te quiero, pero como niño...*

Desde entonces, y cada día, Purísima estuvo más atenta a las llegadas del joven, el único momento que parecía importarle en su rutinario pasar. Fue en una de esas ocasiones que la muchacha encandilada aceptó iniciar una relación. Los furtivos encuentros entre aquel que iba por los encargos de su madre y la jovencita que esperaba tras el mesón se hicieron cada vez más recurrentes. Purísima se las ingeniaba para que estos pasaran desapercibidos para la inquisidora tía Luzmira, que no dejaba de tener razón, pues en esos tiempos era común que algún inquilino o peón de fundo confesara amor eterno a las muchachas y le dejara esperando algún hijo, para luego olvidarse como si nada.

Desde entonces, salvo una fugaz aventura con otro campesino, solo tuvo ojos para aquel muchacho tres años menor que ella, con el que se iba a perder a la cancha del lugar, buscando intimidad en medio de la tupida vegetación que rodeaba el campo de juego y que aún hoy es posible apreciar. Era encuentros cortos pero intensos. Sergio aún asistía a la Escuela de Viluco y más de alguna vez se escapó de clases para encontrarse con esa compañera de horas clandestinas.

El bien parecido joven no pasaba desapercibido a los ojos de las vilucanas. Era delgado, alto y sus ojos azules revelaban su descendencia de algún antepasado de aristocrático origen o de genes heredados de las aventuras forzadas por los pijes que tomaban como suyas a las mujeres de sus trabajadores.

Los comentarios de los encuentros ya habían llegado a oídos de la tía Luzmira, angustiada por su responsabilidad en el cuidado de la joven. Temerosa de los corrillos acerca de la fama de aquel picaflor que rondaba su almacén, dedujo que Purísima sería una más de su colección. Le pidió entonces a la madre que la llevara de vuelta a Maipo, porque ella no quería ser responsable de algún “domingo siete” que ese muchacho precoz, pero afamado conquistador, le pudiera causar. Quizás Sergio no era tal, sino el producto de las imaginaciones que despertaba un joven apuesto, que era distinto a los hombres que predominaban en esos campos, de sangre mestiza y morena, de manos callosas y rostros curtidos por el sol.

Partió Purísima de vuelta a su hogar, pero no hubo caso porque Sergio, enamorado profundamente, salió al paso del carretón tirado por caballos que conducía a su amada desde Viluco a Maipo.

*—Me voy pa’ Maipo...*

*—Allá la voy a ir a ver...*

*—No creo que lo deje mi mamá*

Ante tan lacónica respuesta, el joven agachó la cabeza, mas no decayeron sus energías para luchar por la mujer amada. Allí le prometió que las distancias no les separarían. Cabizbajo se fue rumiando la rabia de no poder contemplar a su querida Nena todos los días. Ya no esperaba con ansias que su madre Uberlinda le mandara a comprar.

Un día sábado Sergio apareció por Maipo. Luego de remontar un sendero que le llevaba a la casa de su adorada y tras preguntar reiteradas veces por la casa de don Armando Muñoz, al fin se presentó ante el que en el futuro sería su suegro.

*—¿Aquí vive una niña que estaba con la señora Luzmira en Viluco...?—, le preguntó.*

Sergio, en estado de tensión, sintió que la respiración se le entrecortaba, esperando una frase de rechazo de don Armando. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y se aprestó a lo peor: que le impidieran acercarse a su amada.

La respuesta tardó una fracción de segundo, pero parecía que hubiera esperado una eternidad.

*—¿La Nena?, pasa, si te conozco de cauro chico...*

Cuando la mamá vio al joven instalado en el living, reaccionó molesta, alimentada por el recelo y el desasosiego. ¡Y quién no habría de estarlo con las historias que escuchó de su hermana Luzmira!

Aún no superado el escepticismo y las aprensiones por parte de la madre de Purísima, actitud hostil que había contaminado al resto de la familia, de todas maneras, superando aquella barrera infranqueable, los enamorados decidieron casarse, sellando formalmente su vínculo en el Registro Civil de Buin el 30 de septiembre de 1944, con aromas y brisas primaverales. Ella tenía entonces 21 años.

Contrariados, no hubo festejos por parte de la familia de la novia y tampoco presencia en la ceremonia, más bien decidieron mostrarse indiferentes. Solo don Ignacio Maureira y doña Uberlinda Lillo agasa-

jaron a su hijo y a Purísima con una comida, una modesta recepción que se extendió hasta la noche en la casa de Viluco, tras lo cual emprendieron viaje a Maipo en un carretón que les facilitó un vendedor de empanadas. En Maipo, quizás por remordimiento producto de la indiferencia previa, la familia de Purísima preparó una sencilla cena. Y eso sería todo. Ella extrañó por siempre que no hubiera torta.

La apatía de la parentela de Purísima era presagio y augurio de una vida difícil para los enamorados, que deberían enfrentar las responsabilidades que implica apartarse del calor del hogar paterno para comenzar a escribir una nueva historia, la historia de la familia Maureira Muñoz. Desde entonces, Sergio apostó por su futuro y con la frente erguida, desafiante, se tornó laborioso, tenaz, hacendoso, perseverante.

## PEREGRINANDO POR LOS CAMPOS

Así es como Sergio, con poco más de 18 años, renunció a la calidez del techo paterno y se vio enfrentado a la misión de forjarse como hombre y jefe de hogar. Estaba decidido a hacerlo y no rehuía su responsabilidad, refutando e impugnando con su entereza los conventillos del vecindario. Junto a su amada partió a la búsqueda de nuevos horizontes, en otros rincones de aquel generoso valle del Maipo, no por ello menos riguroso. El amor era fuerte y ello les ayudaría a afrontar los desafíos que vendrían, por mucho que parecieran obstáculos insalvables. Querían enrostrarle al mundo que serían capaces de salir airoso de aquella aventura y en la medida que esta se hizo más difícil fue reforzando sus convicciones, más aún si en el vientre de Purísima ya se venía gestando desde antes de casarse una niña, la que nació apenas tres meses después de haber contraído matrimonio. La niña fue inscrita como Elena del Carmen Maureira Muñoz el 23 de marzo de 1944.

El joven Maureira tomó su primer trabajo como cuidador de un naranjal en el fundo Santa Filomena, un lugar de difícil acceso, lejos de la civilización en aquellos años 40. Allí, en un rancho de paja, con piso de tierra, le esperaban cada tarde Purísima y la pequeña Carmen. Un catre, una cuna de mimbre, una minúscula mesa y una hornilla en el suelo eran todas las posesiones de la familia.

Tener ese precario empleo era motivo de satisfacción para Sergio, en tiempos en que el siste-

ma de tenencia de la tierra basado en grandes extensiones en unas pocas manos, había llevado a un estancamiento de la economía. Pese a ello, sobre los hombros de los campesinos recaía la misión de trabajar duramente, pero con escaso rédito para sus aspiraciones de mejorar su calidad de vida. Así se explica que ese joven matrimonio ingresara de inmediato a esas paupérrimas condiciones de habitabilidad, que era paisaje común para la mayoría de las familias campesinas. Sin duda, estas circunstancias comenzarían a engendrar el sentido de conciencia social de Sergio y el espíritu caritativo de Purísima.

No obstante esos atolladeros y escollos, Purísima era feliz. Estaba junto al hombre amado y ya ponía en práctica lo que había aprendido en los juegos de muñecas. Su rutina era levantarse muy temprano, casi al alba, para servir desayuno a ese muchacho tirado a hombre, que con su pies enjutos, apenas protegidos del rocío matinal por unas ojotas, salía a recorrer el campo de cítricos, para regresar puntualmente al mediodía, a la hora del almuerzo, y luego darse una siesta para recuperar las energías, porque en la tarde le esperaba la misma práctica.

Ese campo fue inhóspito, porque Sergio cayó enfermo. Al comienzo pensó que se trataba de uno de esos males pasajeros, pero se fue agravando al punto que de caer en cama, mientras su mujer le brindaba los cuidados, sin despreocuparse de la bebé. Lo peor era que en medio de aquel aislamiento era imposible pedir algún tipo de auxilio. Luego de una semana de convalecencia, en una providencial visita de su suegro Ignacio, encontraron socorro. Consciente de su rol protector y debido al profundo amor por aquel hijo que había decidido emigrar tempranamente, frente a la gravedad de la situación Ignacio Maureira adop-

tó la decisión de llevar a la familia a su casa, no sin antes internar a Sergio en el hospital de Buin. La señora Uberlinda dispuso dos piezas para que Purísima y su pequeña hija esperaran el ansiado retorno de Sergio.

Recuperado, Sergio se reencontró con sus dos mujeres, pasando un tiempo en la casa paterna, hasta que surgieron los típicos problemas familiares que lo llevaron a una relación conflictiva con uno de sus hermanos. La permanencia en aquella casa se les hizo cada vez menos llevadera y Sergio emprendió vuelo otra vez junto a Purísima y la pequeña Carmen, radicándose en una casa arrendada en Viluco. Allí nacieron sus tres primeros hijos varones: Sergio Miguel, el 30 de octubre de 1945; José Manuel, el 7 de agosto de 1947, ambos registrados en Buin, y Segundo Armando, el 19 de mayo de 1949, registrado en Paine.

Cada uno fue adquiriendo su personalidad. Sergito, más conocido en el ambiente familiar como el Pelao, era tranquilo y no muy “pololero”. Desde pequeño acompañó en todas las actividades sociales a su progenitor y en cuanto pudo tomó las herramientas para hacer producir la tierra. Dada la juventud del padre, a veces se les confundía como hermanos. Se casó con Hilda Sepúlveda Garrido, con quien tuvo a Miguel, que vino al mundo el 8 de octubre de 1972, un acontecimiento que tendría especial relevancia y simbolismo al año siguiente.

José Manuel, que por su nariz achatada se ganó el apodo de Ñato, era fiel reflejo del hombre campesino de aquel tiempo. Introverso, era un muchacho calmado, pero cuando su tranquilidad era puesta a prueba se volvía arisco, huraño y arrebatado. Su ánimo cambiante lo hacía ser, sin embargo, el más bromista a la hora del almuerzo. Nunca

aprendió a leer ni menos a escribir, aun cuando sus padres lo enviaron en cuanto cumplió la edad suficiente a estudiar en la Escuela Superior n° 8 de Isla de Maipo. Cuando fue detenido estaba de novio con Sara Calderón, una muy buena chiquilla, a los ojos de Purísima.

Segundo Armando también era callado y tímido. Solo se supo que tuvo una polola llamada María, proveniente del sur. Era trabajador y buen cocinero y se le recuerda por su gusto por sopear las comidas con marraqueta.

A los anteriores se sumó Rodolfo Antonio, el Coco, nacido el 19 de febrero de 1951, recordado como el más dicharachero de todos. Heredó de su madre una baja estatura y era el confidente de Purísima. Se había ganado entre los hermanos y hermanas la fama de acusete, porque todo lo que hacían llegaba a oídos de su madre a través de él. Cuando se producían discusiones entre sus papás, intercedía en favor de ella y eso lo transformó en regalón de la mujer. —¿De qué te está riendo?—, dice Purísima cuando contempla esa foto que ha circulado por el mundo entero y que refleja la alegre personalidad del Coco. El muchacho se casó con Elisea Navarrete y tenía tan solo veintidós años cuando fue detenido, dejando a su pequeño Carlitos, de tiernos siete meses.

Después vinieron Olga Adriana, nacida el 4 de junio de 1952; Corina del Tránsito, el 14 de agosto de 1953 —un año climáticamente imborrable en la vida de los campesinos, pues las lluvias de un invierno inclemente, inundaron y devastaron los campos sin contemplación—; Rafael Ignacio, que nació el 12 de octubre de 1955; Ángel Ricardo, el 26 de octubre de 1956; Jorge Antonio, el 11 de abril de 1958; María Cristina, el 5 de junio de 1959, todos inscritos en el Registro Civil de Talagante,

mientras que el menor de todos, Juan Luis, nació el 4 de diciembre de 1961, quedando inscrito en la Oficina Portales del mencionado organismo. A esas alturas, Sergio, el mayor, ya tenía casi 16 años.

Así, la casa de los Maureira Muñoz se llenó de vida en la medida que Carmen y sus hermanitos fueron creciendo, inundándola de cánticos, risas, juegos y llantos. Purísima era una mujer plena, henchida, rebosante de felicidad. Ahora tenía una muñeca y tres muñecos de verdad, y luego vinieron otros ocho, a quienes les ofrendaba todo ese cariño de madre que había comenzado a aprender en su infancia. Se sentía bendecida, porque el más sagrado de los derechos de una mujer era ser madre, pensaba, pletórica y orgullosa de ver crecer a esos hombres y a esas mujeres engendradas en su vientre, venciendo el cansancio y los desvelos que implicaba tan crecido clan familiar.

Con una familia tan numerosa, una adolescente Carmen se había habituado a ayudar a su madre en las tareas de la casa, mientras que el hermano mayor y los que le seguían ya se codeaban con su padre en las labores del campo, misma huella que siguió cada uno de los hermanos que heredaron el oficio paterno, lo mismo que las mujeres, que también partieron a los potreros y viñas para arrancar los cultivos de la tierra. Aunque algunos fueron a la escuela, el paso por las aulas fue breve y efímero. Esa temprana incorporación al mundo del trabajo les arrebató algo de su infancia y juventud. Extensas horas al sol y al frío y las eternas horas de tesonero y duro trabajo para generar el sustento, muestran en las fotografías en blanco y negro a un jefe de hogar prematuramente envejecido, lo mismo que a sus hijos mayores. Y es que paralelo a su trabajo para empresas agrícolas, Sergio Maureira arrendaba terrenos que plantaba o sembraba para poder aumentar los escuálidos recursos y alimentar

a su nutrida familia. Ello lo obligaba a trabajar los días sábado o los días domingo junto a sus hijos, privándose de un merecido descanso. Por eso es que años después le llegaban con tanta fuerza los versos de Víctor Jara en su tema *El arado*:

*Aprieto firme mi mano  
y hundo el ara'ó en la tierra  
hace años que llevo en ella  
cómo no estar agota'ó.*

Sergio debió disciplinar rigurosamente sus hábitos y estableció un sistema de provisión de las necesidades de cada uno de sus hijos. Así, con el dinero reunido peso a peso, dos veces al año partía con ellos a comprar zapatos a la tienda Calzados Rebeca de Talagante, ritual que al mes siguiente practicaba con sus cuatro hijas. Lo mismo cuando se trataba de adquirir el vestuario y cuando los llevaba al médico. Todo esto en medio de los imprevistos que significaba la enfermedad de alguno de sus integrantes.

El más enfermizo del clan Maureira Muñoz fue Jorge Antonio, quien padeció hasta muy crecido de una extraña supuración de oídos que la ciencia nunca pudo descifrar. Cuando entendió que los doctores no serían capaces de darle una respuesta, entonces Sergio se entregó a las fuerzas sobrenaturales y realizó múltiples mandas religiosas buscando remediar la rarísima patología de su hijo.

Pese a la severidad con que les trataba la vida y con una que otra carencia muy bien disimulada por Sergio y Purísima, la vida en casa de los Maureira Muñoz era bullente, atiborrada de alegría, colmada de solidaridad, con niños revoloteando por aquí y por allá, con visitas continuas y con un alto grado de sociabilidad dado que el jefe de hogar era un líder social innato que participaba de cuanta iniciativa

de adelanto beneficiara a la comunidad. Acostumbrado a vivir en esa numerosa comunidad, para él no era problema hacer que se extendiera. Aclanados, la máxima satisfacción de los Maureira Muñoz era estar rodeados de muchas voces, muchas risas, muchas “tallas” y era casi un mandato perentorio darse un tiempo para la distracción en comunidad. Es así como junto a toda la familia, integrantes del vecindario y de la organización deportiva que lideraba, emprendía un paseo anual al puerto de San Antonio. Eran jornadas memorables a bordo de un bus y un camión, que les llevaban a acariciar los aires marinos, contemplar la inmensidad del mar y compartir opíparas comidas. Todo era alegría y no era raro que en aquellos paseos se llegaran a retratar más de 40 personas.

## DAR HASTA QUE DUELA

Cuando se inquiere en la vida de Purísima, hay un notable y desconocido aspecto. Y es que, pese a las penurias y carencias, siempre hubo un espacio para asilar y cobijar a otros más desamparados. El clan Maureira Muñoz tuvo otros integrantes merced a los afanes solidarios, misericordiosos y caritativos de Sergio y Purísima, costumbre que también se transmitió a sus hijos. Pensaban que para ser altruista no era necesario contar con grandes bienes, sino que también se podía compartir dentro de las limitaciones de la escasez. Conmovedor resulta el caso de un hombre que en los ambientes campesinos era conocido como Don Bravo, cuyo nombre de pila se fue diluyendo en el uso cotidiano de la gente del lugar.

Fue en una temporada en que la familia se trasladó a un fundo de Padre Hurtado, en que conocieron el caso de un gañán recolector de berros, una planta acuática que crecía en los arroyuelos de la zona. Donde quiera que fuera este, acarreaaba a su pequeño hijo en un canasto, con todo el rigor que significaba mantenerlo en aquellas condiciones, desaseado e higiénicamente impresentable. Se decía que el pequeño era huérfano de madre y que su padre viudo no tenía familiar alguno a quien encargarle su cuidado.

Fue en una de aquellas jornadas extenuantes en el fundo que Don Bravo pasó por la casa de Purísima para pedirle agua tibia con que prepararle la mamadera a la guagua, ante lo cual, la mujer, al ver deplorable estado alimentario y de higiene del

lactante, le pidió al hombre que se lo dejara para asearlo y brindarle algunos cuidados. Desconfiado, Don Bravo le dejó el bebé con el compromiso de pasar a recogerlo por la tarde, tras la jornada laboral. Purísima lo bañó, lo vistió con ropas limpias que guardaba de sus hijos más pequeños, y le brindó alimento sano y tibio. Le prodigó los mismos cuidados cariñosos que entregaba a su numerosa prole y lo amamantó. Por algunas horas ese pequeño se había liberado del frío de las mañanas húmedas o de aquel sol abrasador, por mucho que Don Bravo lo dejara al cobijo de la minúscula sombra de una mata de papas o de un solitario árbol de un potrero.

Cumplido el horario, Don Bravo se dirigió a buscar a su retoño, pero al verlo limpio y bien abrigado, accedió a que siguiera en manos de Purísima. Así, al numeroso grupo de 12 hijos se sumaba un decimotercero, llamado Víctor Manuel Bravo, que en su adolescencia y juventud sería conocido como el Negro Bravo, que siguió bajo el techo de los Maureira Muñoz hasta hacerse adulto, aun cuando su padre se casó tiempo después con Juana Pereira, radicándose a vivir en un bodegón colectivo del fundo Naguayán. Sin embargo, prefirió que su negrito siguiera bajo los cuidados y el amor infinito y protector de Purísima. El Negro no solo ganó techo y abrigo, sino también muchos hermanos.

No fue aquello un arrebato o un impulso solidario de los Maureira Muñoz. Acostumbrados a ver penosas escenas cotidianas en medio de la plañidera vida campesina, antes ya habían acogido a otro pequeño niño, huérfano de madre. El lactante fue amamantado por Purísima hasta que familiares lo vinieron a recoger. Asimismo crió a sus sobrinos Fernando (el Cachudo), Eliana (la Nana) y Francisco (el Nono), que quedaron también necesitados de madre por la prematura partida

de la hermana de Purísima, Eliana (la Chea), quien padecía de diabetes crónica. Purísima amamantó con sus pechos a por lo menos otros cinco niños, turnándolos con sus propios hijos. Son tantos los niños a los que procuró ternura y techo, que a veces ni siquiera puede memorizarlos a todos. Muchas veces se ha quedado sorprendida cuando en la calle ha recibido un espontáneo y cariñoso ¡Hola mami! Claro, ya son más de noventa años los de ella y no es extraño que esos que le saludan hoy peinen canas.

También supo de la hospitalidad de aquella familia campesina, un adolescente llamado Gaspar González, también carente del calor de hogar, que acostumbraba a dormir en una acequia a un costado de una de las calles de Isla de Maipo, el que fue persuadido por Ricardo y Juan Luis Maureira, a vivir en su albergue familiar. La invitación se produjo cuando los hermanos venían de vuelta de una actividad social en la piscina isleña en horas de la madrugada y encontraron a Gaspar durmiendo bajo un tronco de sauce. El niño gozó de la hospitalidad de los Maureira Muñoz durante unos siete años, desde 1976 aproximadamente, es decir, tres años después de producida la fatídica detención de Sergio y sus cuatro hijos. Aún en medio del dolor, en casa de Purísima siempre hubo tiempo para recoger al hermano afligido y atribulado.

# LAS RAZZIAS Y EL ALMACENERO DE MAIPO

El tormento del prójimo era para Purísima Elena su propio suplicio. Cierta día escuchó que de algún punto provenía una voz que la llamaba con desesperación:

*—Señora Nena, señora Nena, me quieren matar, escóndame, por favor!*

Ella no sabía de dónde provenía el angustiado llamado de auxilio, hasta que Sergio se percató de que un hombre apenas asoma la cabeza por las aguas de un canal de regadío que pasaba a espaldas de su casa. Este se había desplazado a tiendas por el putrefacto lecho para escapar de los captores vestidos de civil y armados con carabinas.

Sergio le dijo que se refugiara en un granero. Empapado, el hombre abrió un túnel a través de un montón de paja y allí permaneció por casi un mes, mientras las patrullas lo buscan afanosamente al grito de —¡Conocen un tal Manuel!

Purísima protegió a aquel hombre de las redadas contra los homosexuales durante el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, cuyos largos brazos persecutores pusieron en riesgo al almacenero afeminado de la localidad de Maipo, despreciado en el entorno por el profundo espíritu machista que reinaba en la sociedad de la época.

Purísima había escuchado con espanto los relatos sobre las *razzias*, ejecuciones en altamar frente

a Valparaíso por parte de patrullas enviadas por el ex uniformado, que ya había sido un afamado dictador cuando se hizo con el poder en los años 20. Había escuchado que los detenidos, por su sola condición y orientación sexual, eran lanzados al mar desde los barcos con un peso en los pies para evitar que los cadáveres flotaran, lo que llamaban *fondeos*.

El matrimonio Maureira Muñoz actuó como protector aun a riesgo de aparecer como encubridores ante los rigurosos dictámenes del gobernante. Con sumo sigilo, la señora Purísima no solo le proveyó el escondite contra aquella macabra persecución, sino que también comida mientras se alejaba el peligro. Esa era otra muestra de profunda humanidad, caridad y solidaridad, tan característica en la vida de esta familia campesina.



*Los Maureira Muñoz en una tierna postal de infancia en una humilde casa en Los Aromos, Padre Hurtado.*



*Juan Luis y María Cristina.*



*María Cristina, Juan Luis,  
el vecino Patricio y Jorge.*



*Los hermanitos Maureira  
Muñoz y la abuela Teresa.*



*El pequeño Juan Luis,  
hinja de Universidad de Chile,  
como toda la familia.*





*Estampas de un día de campo con la familia y los amigos.*





*Rafael, Corina y Jorge.*





*Los niños Maureira Muñoz  
retratados en la plaza de Isla  
de Maipo junto a sus padres,  
en sus años de escuela.*



*José Manuel.*



*En la foto de grupo están Sergio, Rafael y José Manuel.*

## EN LAS VIÑAS DE ISLA DE MAIPO

Luego de deambular por diversos predios de la zona sin alcanzar mayor estabilidad, desde el primer día de septiembre de 1961 Sergio se convirtió en trabajador de la Sociedad Agrícola Olave Hermanos Ltda., empresa que le dispuso una casa en la Viña La Patagua, en las proximidades del cementerio de Isla de Maipo. Allí se ganó la vida como mayordomo con una renta fija mensual de 126 escudos y 2 centavos. En 1963, contabilizaba 12 cargas familiares, con lo cual sumaba haberes por 235 escudos. Bien catalogado en su trabajo como un hombre serio, honorable, responsable y cumplidor con sus compromisos, se granjeó el respeto de sus empleadores. Esas características las mantendría en cada lugar en que estuvo empleado.

A lo largo de su intensa vida laboral, Sergio nunca fue despedido, por el contrario, le era en cierta medida fácil colocarse gracias al prestigio ganado. Si hubo de abandonar algún empleo siempre fue por voluntad propia, como cuando decidió partir a La Ligua, una aventura que emprendió a insinuación de uno de sus hermanos, el que lo convenció de ir a esa zona bajo la seductora idea de que esa era la tierra prometida para un agricultor, la que le brindaría bienestar a él y su familia. Convencido, Sergio estampó su renuncia como mayordomo en la Agrícola Olave el 31 de mayo de mayo de 1964, luego de casi tres años de haber trabajado para esa tradicional familia isleña.

Su propio hermano, en un camión de su propiedad, trasladó los enseres y vieron alejarse, allá en

lontananza, aquel querido y apreciado valle de Isla de Maipo, la tierra en que habían forjado la unión matrimonial con Purísima y visto crecer a sus hijos e hijas, la tierra de cuyos frutos se alimentaban, producto del esfuerzo tesonero del organizado clan Maureira Muñoz. Esa tierra, que tanto añorarían, sería después el escenario de su gran tragedia.

El nuevo refugio estaba más al norte, en una localidad cerca de La Ligua. Allí se establecieron con la certeza que la vida sería mejor y que el sacrificado trabajo de los suelos le garantizarían mantenerse por los años venideros, cosechando un mejor pasar. Así, Sergio con sus hijos mayores se dedicaron a labrar una parcela y las mujeres a las labores hogareñas. El jefe de hogar debió acostumbrarse a generar su propio ingreso, ya lejos de la seguridad de recibir, aunque escuálido, un sueldo al final de cada quincena o mes. Pero aquello era parte de su propio proceso de independencia laboral, un desafío hermoso e ilusionante, pues hasta esa fecha había entregado cada respiro de su vida, cada impulso de sus músculos, para mover los engranajes cada vez más pesados del expirante patronazgo.

Poco a poco la familia se fue acostumbrando a su nueva morada y su nuevo entorno, aunque el paisaje de aquella zona minera y rural no era tan verde como la añorada Isla de Maipo que, aunque pedregosa, era fértil para los viñedos y la esperanza. La nostalgia se adueñó de los Maureira Muñoz, pues la hermosa tierra isleña era, sin duda, la de los más pletóricos años de infancia y juventud.

No obstante, la relación con La Ligua duró apenas un tris. Un movimiento telúrico de colosales dimensiones sería la causa. Era el domingo 28 de marzo de 1965, cuando la familia Maureira Muñoz se aprestaba a almorzar. A esa hora, cada uno de los moradores y moradoras de la vivienda realizaba

sus labores cotidianas: Carmen, la hermana mayor peinaba a María Cristina, otras estaban afanadas en los quehaceres de la cocina y otras barrían y ordenaban los dormitorios.

No era un día como todos: una rara y espesa neblina había penetrado por los campos y las ciudades. De pronto, la vivienda de enjutas paredes de adobe comenzó a agitarse sin control. Era un fuerte remezón que en cuestión de segundos pasó a ser un cuasi terremoto. Niñas y niños escaparon hacia el exterior, mientras Purísima apenas tuvo fuerzas para salir, lo suficiente antes de desmayarse. Carmen arrancó por un pasillo y al mirar hacia atrás vio como la casa se desplomaba haciendo chocar muro contra muro. Se abrazaron, lloraron de pavor, incluso vieron cómo se abrían grietas en el suelo. Aquello fue un colapso terrenal, que quedó registrado a las 12 horas y 33 minutos y cuyo epicentro fue prácticamente el corazón de La Ligua, Cabildo y Petorca.

Pasado el susto y soportando innumerables réplicas en las horas venideras, la familia, con el jefe de hogar ausente por un hecho ocurrido el día anterior, debió organizarse en el patio, improvisando carpas con frazadas y rescatando los pocos enseres que lograron salvar. Con el zinc que pudieron obtener, armaron un improvisado rancho cerca de unos grandes pinos. La intensa neblina dio lugar más tarde a una llovizna tan fría como los acelerados pálpitos del corazón de los angustiados hombres y mujeres.

Sin techo ni abrigo, las Maureira Muñoz cocinaban y pasaban las horas a la intemperie, cobijadas por algún árbol frondoso cuando había que capear los días calurosos de aquella temporada veraniega que ya se iba, o sentadas en algún tronco cuando la temperatura del cuerpo requería de los rayos

solares para espantar el frío. Eran días lúgubres, pero una vez más los soportaban aclanados, brindándose ese mutuo calor que les daba el hecho que por sus venas corriera la misma sangre y por ese amor infinito de Purísima, que cuidaba su rebaño familiar como el ave protege a sus polluelos, que aunque ya crecidos algunos, en su corazón nunca dejaron de ser pequeños.

Enfrentados a la carencia de casa y seguros de que Isla de Maipo era el mejor lugar para rehacer su vida familiar, Purísima y Sergio, convencidos que sus raíces estaban en el valle del Maipo, tomaron la decisión de retornar a la tierra que les había visto partir poco antes, esa comarca generosa que ejercía ese especial embrujo, pero donde les habría de esperar su gran desgracia.

## EL FUNDO NAGUAYÁN

De vuelta en Isla de Maipo, se establecieron en una casa arrendada frente al consultorio de salud en la calle Manuel Rodríguez. Hubo que volver a empezar y la primera misión del jefe de hogar fue encontrar un nuevo empleo para el sostén de su crecida camada, desde Carmen y Sergio al pequeño Juan Luis, que apenas se arrimaba a los cuatro años. Aunque no le quedaba duda que sería recibido en la viña de los Olave, por su bien ganado prestigio como trabajador, probó suerte buscando empleo en la viña Naguayán, del regidor y empresario agroindustrial José Celsi Perrot. El patrón, sabedor de su carácter responsable y cumplidor, no dudó en contratarlo.

Los Maureira Muñoz recibieron en 1965 una sólida casa de ladrillo en el bien organizado predio, la que se situaba en el camino de La Ballica. La numerosa familia no pasó desapercibida, justamente por la nutrida cantidad de integrantes. Esa morada estaba llena de vida a toda hora, más aún cuando Sergio retomó su extraordinaria labor como dirigente deportivo y social. Él pensaba que la existencia no era solo trabajo, sino también dedicar los esfuerzos al bienestar de los demás.

La condición de inquilino y capataz a cargo de una sección de la viña del jefe de hogar, le significaba a la familia Maureira Muñoz contar, además de la casa, con agua potable y luz, pero esos privilegios, si así pudiera llamárseles, no le hacían olvidar que había otros trabajadores en condiciones de precariedad. Es por eso que consideraba de justicia que los campesinos logran cosechas, vestuario y otras

regalías. Es aquí donde Sergio se vincula con la actividad política.

A esas alturas, Chile comenzaba un proceso de profunda ebullición y los campos de Isla de Maipo no eran la excepción. El gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva propugnaba la Reforma Agraria, una política de expropiación de grandes predios para ser redistribuidos en propiedad a los campesinos que allí habitaban. Ciertamente este proceso también era visible en Isla de Maipo y era observado con atención, aunque sin protagonismo por Sergio Maureira Lillo, que no permanecía indiferente.

Mediante la reforma, los campesinos recibirían en comunidad las tierras de los fundos en que vivían y laboraban, sacando un mayor provecho a su explotación y, por tanto, una mayor productividad, dado que en manos patronales extensos territorios se mantenían baldíos y sin sacarles el más mínimo provecho. Junto con ello, promovía la sindicalización del sector.

El entusiasmo de los hombres que laboraban la tierra no se hizo esperar. El sábado 8 de enero de 1965 se realizó en Isla de Maipo un mitin o concentración con asistencia de delegaciones de varios fundos de la zona, bajo la convocatoria de la Federación de Campesinos e Indígenas. En la ocasión se acordó la urgencia aplicar el proceso reformador de la propiedad de la tierra en Isla de Maipo para expropiar aquellos fundos mal trabajados, a fin de que la tierra llegara a manos de los campesinos. Como ejemplo de aquello se acordaba seguir la experiencia del fundo Culiprán, en Melipilla, de ocupación inmediata, que se había concretado ese año.<sup>1</sup> Propiciador de aquel proceso, desde la perspectiva apostólica, era el cardenal Raúl Silva Henríquez, quien visitó la comuna, con fines pastorales, en enero de 1966.

1. *La Prensa Regional*, 3 de febrero de 1966.

Los campesinos entendían que el momento propicio para acelerar aquel proceso era la realización de huelgas demandando mejoras salariales en los momentos más críticos de la actividad agrícola, es decir, en el período de cosechas y vendimias. En marzo de 1966, el Sindicato Zonal de Obreros Campesinos de Isla de Maipo decidió elevar un pliego de peticiones por intermedio de la Federación Campesina e Indígena y la Central Única de Trabajadores, CUT.

Dado lo crítico que podía resultar un paro de trabajadores en aquellas circunstancias, intervino el gobernador de Talagante, Rafael Calderón, mediando para conformar una comisión arbitral en que estuvieran presentes un representante de los campesinos, en este caso Manuel Vargas Miranda, del fundo Alquería, y uno de los patrones, quienes designaron a Víctor Pinto Sepúlveda, para buscar vías de conciliación en caso que en los respectivos fundos no se alcanzara un acuerdo.

Los acercamientos no dieron resultados. El martes 12 abril de 1966, en plenas labores de vendimia, se declaró el paro en nueve fundos, pero los trabajadores se reintegraron a sus labores al día siguiente, gracias a un rápido avenimiento mediado por la gobernación de Talagante. Solo en los fundos Cape-rana y La Patagua la paralización se mantuvo hasta el día 14, pero volvieron a parar el 15 y a reintegrarse el 16.<sup>2</sup> La huelga declarada en nueve fundos de Isla de Maipo llegó hasta el parlamento, donde la diputada comunista Gladys Marín formuló cargos contra el gobernador Rafael Calderón y el ministro del Interior Bernardo Leighton por haber aplicado la ley de Seguridad Interior del Estado al dirigente campesino Felipe Acevedo, quien fue encarcelado. El actuar de la autoridad fue defendido por el diputado demócratacristiano Fernando Buzeta.<sup>3</sup> En tanto esto ocurría, en los fundos El Rosario y Miraflores

2. *La Prensa Regional*, 21 de abril de 1966.

3. *La Prensa Regional*, 28 de abril de 1966.

se había llegado a avenimientos en materias salariales, regalías y aguinaldo de Navidad.

Mientras en algunos fundos los campesinos promovían una acción más beligerante, en otros existía una acción más conciliadora, como era el caso de los El Rosario y Miraflores, además del de Santa Adriana, cuyos representantes fueron invitados a una audiencia en el Palacio de La Moneda con el ministro Leighton, ocasión en la que los 30 campesinos del fundo Miraflores pidieron luz para la población Gacitúa y arreglo del callejón donde residían, mientras que en los del fundo Las Mercedes pidieron luz eléctrica y una posta de salud.

Por su parte, el dirigente Felipe Acevedo, ahora en libertad bajo fianza, encabezaba otro mitin en la Islita con motivo del 1 de Mayo, Día Internacional del Trabajo, acto al que concurrieron los campesinos seguidores de las ideas de izquierda. Entretanto, cuando ya se creían superados los paros del mes anterior, calificados por la autoridad como ilegales, el lunes 2 de mayo se declararon en huelga 66 obreros del fundo Santa Inés. Antes, el 27 de abril se había producido otro paro en el fundo Nagua-yán, donde laboraba y habitaba Sergio, el que fue solucionado inmediatamente, luego que se clarificara un malentendido.<sup>4</sup>

El domingo 16 de julio de 1967, en un solemne acto al que asistieron miles de campesinos, el presidente Eduardo Frei Montalva<sup>5</sup> firmó el decreto que promulgaba la Ley de Reforma Agraria, el instrumento legal que abría a los trabajadores la posibilidad de ser propietarios de las tierras. Entre los asistentes, un isleño jugaría un rol destacado. Se trataba del dirigente Raúl Figueroa, quien habló desde el estrado en representación de sus pares. Los altoparlantes situados en la plaza de la Constitución, frente al Palacio de La Moneda,

4. *La Prensa Regional*, 5 de mayo de 1966.

5. *Diario La Nación*, 17 de julio de 1967.

resonaron como nunca en el corazón y el alma de los campesinos chilenos, cuando el proceso de expropiaciones ya había comenzado: "... la Reforma Agraria ha dado frutos. En todos los asentamientos la producción ha aumentado al doble, el triple o más. Nuestros ingresos también han aumentado, se han construido escuelas, caminos, obras de riego. Hemos constituido Comités de Consumo, Centros de Madres, Centros de Educación para los que no saben leer ni escribir", señaló Figueroa, pidiendo al mandatario la rápida aplicación de la ley para crear cien mil nuevos propietarios, ofreciendo toda la colaboración al gobierno.

Sergio estaba allí, eufórico, sentía que por fin se hacía justicia a aquellos que, a punta de una precaria vida, lograban arrancar de la tierra dura y áspera sus frutos generosos.

El resultado de la Reforma Agraria, proceso iniciado en el gobierno del presidente Frei Montalva y continuado en el del presidente Salvador Allende arrojó la creación de varios asentamientos en la zona del valle del Maipo: en San Vicente de Naltagua se crearon en 1967 los asentamientos Las Mercedes, Aguas Claras de El Castillo y San Antonio de Naltagua; en 1969, el asentamiento Brillo de Sol; en 1970 el asentamiento Arco Iris; en 1972, los asentamientos Las Pircas, El Castillo de Lonquén y El Cacique, y en 1973, el asentamiento El Clavel. También se formó el asentamiento San Vicente de Naltagua, en 1972, con 73 asentados liderados por el dirigente Aurelio Jaque.

El caso de este último asentamiento es digno de elogio. Los trabajadores beneficiados pusieron manos a la obra y los beneficios fueron inmediatos. La productividad creció admirablemente, a tal punto que lograron ganar un aparato de televisión que, sin embargo, no podían utilizar dado que no

había energía eléctrica en el lugar, lo que demostraba el atraso de décadas al que habían sido condenadas las comunidades rurales. En 1973, gracias al proceso reformador, la luz llegó a los hogares de los naltagüinos.

Sergio Maureira se sentía simpatizante del proceso, y aunque nunca ocupó cargos dirigenciales en alguna organización campesina, se transformó en un consejero, en un orientador y un preclaro entendedor, aconsejando qué rumbos tomar a los campesinos en la vorágine de sucesos durante una etapa histórica y trascendental en que la secular figura de la propiedad de los suelos cambiaba. Paralelamente, el campesinado bregaba por su dignidad, haciendo suyo el eslogan “la tierra para el que la trabaja”, y creyó que aquello estaba mejor encarnado por el presidente Salvador Allende, que había asumido la primera magistratura de la Nación en 1970.

Es justamente durante una visita de Allende a Isla de Maipo en que se escenifica una situación muy particular. Ese día, Sergio concurrió a una concentración de apoyo al presidente, pero antes le había pedido a sus hijos que por nada del mundo se aparecieran por aquel lugar, pretendiendo marginarlos de las duras circunstancias que conlleva la vida política.

*—¡No hagan ni tal de verse por allí. Si quieren ir a trabajar, es cosa que tomen el carretón y partan! ¡Cuando yo vuelva, los quiero en la casa!—, dijo.*

Los jóvenes asintieron y optaron por irse a trabajar a una de las parcelas donde Sergio mantenía algunos cultivos, pero al intentar regresar a casa en el fundo Naguayán desde el sector de San Luis, se encontraron con que las calles estaban cerradas por un tumulto de gente en el sector de la bomba de bencina, impidiendo el paso por el único

camino que permitía llegar al domicilio. Enfrentados a una larga espera y ante la imperiosa necesidad de llegar a destino antes que el papá, no tuvieron más alternativa que pasar entre la gente congregada allí. Entonces se abrieron paso entre la muchedumbre eufórica, en el preciso instante en que hablaba el doctor Allende, quien al ver el cansino carretón, exclamó con esa emocionante retórica que le caracterizaba:

*—¡Allí, en esos rostros de niños esperanzados que transitan en carretón, está el futuro de Chile y la dignidad del campesino! ¡Que hayan venido, demuestra el compromiso de la familia modesta y sencilla con el proceso popular, ese que quiere liberarlos del latifundio y la explotación!*

Sergio, como los demás asistentes se dieron vuelta para presenciar esa simbólica escena, quedó estupefacto al ver que los tripulantes del carretón eran nada menos que sus hijos Rafael, Jorge, Ricardo y Juan Luis, además del Negro Bravo y el joven Francisco Miranda.

Ya en casa, y molesto por la escena protagonizada por sus vástagos, Sergio les cuestionó que hubieran pasado por allí en ese momento, porque no faltaría quien pensara que él los había mandado a propósito. —¡No lo hagan nunca más!—, fue la frase con la que cerró aquel llamado de atención, que no fue todo lo riguroso que hubieran esperado, gracias a que el jefe de hogar estaba exultante por el fervor con que los isleños recibieron a Allende.

Luego, Sergio se bajaría el sombrero, como lo hacía cada vez que se enfadaba con alguna situación. Esa señal era de temer por los integrantes del clan, como cuando siendo niñas y niños se les ocurría chapotear en los corrales de los cerdos, llevando

sus ropas inmundas y un olor insoportable, lo que implicaba más trabajo para Purísima y sus hijas mayores, que debían restregar y escobillar duro en la artesa. El gesto del sombrero abajo era notorio en algunas ocasiones a la hora del almuerzo, donde solía haber en torno a la mesa no menos de catorce personas. Si el sombrero del jefe de hogar permanecía en aquella posición, reinaba un silencio absoluto o al menos el comportamiento era moderado.

Aun siendo un líder social innato, Sergio Maureira Lillo era un hombre de segunda línea en materias políticas. De hecho, no tenía grandes conocimientos, según lo recuerda un entonces joven dirigente y activista político talagantino de nombre Mario Muñoz Molina, militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU, quien viajaba constantemente por la zona conversando con los dirigentes y líderes campesinos.

Sergio se unió a las filas del MAPU por considerarlo un partido cercano a los problemas y esperanzas del campesinado. Es así como Muñoz llegaba hasta su casa periódicamente para ponerlo al tanto de los acontecimientos y del proceso impulsado por el gobierno popular, el que entendía claramente.

En la medida en que la Reforma Agraria se profundizaba fueron apareciendo sectores más radicales, entre ellos en el propio seno del MAPU, formándose dos facciones en 1972: una más extrema, encabezada por el dirigente Oscar Guillermo Garretón, y otra más moderada, denominada MAPU Obrero Campesino, liderada por Jaime Gazmuri y Enrique Correa. En esta última decidió permanecer Sergio Maureira, lo que refleja ese sentido de alta responsabilidad que siempre le caracterizó, entendiendo que había que avanzar paso a paso y paulatinamente, pues el gobierno popular no contaba con una mayoría absoluta que le permitiera ahondar en



**CAJA DE PREVISION DE EMPLEADOS PARTICULARES CON CAROLIS**

## Aviso de Cesación de Servicios

**SOCIEDAD AGRICOLA OLIVE HONG S.A.** Cesado(a) en **16 de Mayo de 1968**  
 POGORE DEL EMPLEADOR **OLIVE HONG S.A.** CIUDAD **MAIPO**  
 VIVIENDA **MAIPO** comensal(es) a Dda. que con fecha **16 de Mayo de 1968**  
 tiene) punto término al Contrato de Trabajo celebrado con el Sr. **MAURICIO MAURICIO LILLO**  
 APELLIDO MAURICIO **MAURICIO** poseedor de la Cédula de Identidad N° **1.250.22**  
 de **16 de Mayo de 1968** quien le prestaba sus servicios desde el **10 de setiembre de 1961**.  
 El señor **MAURICIO MAURICIO LILLO** desempeñaba las funciones de **MAURICIO MAURICIO LILLO**  
 Obrero, Carretero, Comedorista, Cuidador Casa Particular, etc. en la localidad de **ISLA DE MAIPO** y su  
 renta mensual era de P° **125.00** (Se ganaba sueldo fijo, incluye el  
 día). Si la renta era variable, el promedio de los últimos 6 meses).  
 La terminación de sus servicios se ha debido a **Retiro voluntario del trabajador**  
 El presente legal aplicado. **16 de Mayo de 1968**  
 De USA. **ADRIAN Y SUIA S.A.**  
 BOB **ADRIAN Y SUIA S.A.**  
 N° Carnet 249 **VALPARAISO**

A LA CAJA DE PREVISION DE EMPLEADOS PARTICULARES  
 NOTA.—Este certificado deberá ser controlado en el momento de la salida a máquina y de la correspondencia.

ESTE FORMULARIO DEBE SER USADO, EXCLUSIVAMENTE, PARA REFUNDIR CUENTAS EN LA MISMA OFICINA

**CAJA DE PREVISION DE EMPLEADOS PARTICULARES**

## SOLICITUD DE TRASPASO

**MAURICIO MAURICIO LILLO** titular de la cuenta  
 Miembro y apellidos del afiliado  
**SUO. ESTACION** vengo a solicitar el  
 registrado en la Oficina de **SOCIEDAD AGRICOLA**  
 traspaso de las imputaciones depositadas por mi ex-empileador **OLIVE HONG**  
**OLIVE HONG** a mi nuevo empleador  
**AGRICOLA CELSI Y CIA. LTDA.** quien efectuó el primer depó-  
 sito el \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 196  
**16 de Mayo de 1968**  
 Carret N° **16455** de **Talagante**  
 Es deudor hipotecario  **SI**  **NO**  
 Ha aplicado fondos para operaciones hipotecarias  **SI**  **NO**  
 Dirección actual empleador **Oliver 419 Inld° de Maipo**

Aprob. 1963, J. P. 17.79.1963, 143 C. 1014. Base, Inc.

4) No adscripción al plan. Aviso de Cesación de Servicios del Afiliado, Empleado y Cesante de Servicios en cumplimiento del artículo 16 del Reglamento.  
 b) El afiliado, en el momento de solicitar el traspaso, debe acreditar sus servicios en el momento de solicitar el traspaso, a esta Caja de Previsión de Empleados Particulares, en el momento de solicitar el traspaso.

**IMPORANTE**

## LIQUIDACION DE SUELDO

	Nº.....
EMPLEADO SR. SERGIO MAURERA LILLO.....	
Liquidación del mes de FEBRERO.....	de 1967..
Sueldo del mes .....	Eº 90,15..
Horas Extraordinarias .....	Eº .....
Comisiones según estado .....	Eº .....
Gratificaciones .....	Eº .....
.....	Eº .....
<b>TOTAL GANADO</b>	<b>Eº 90,15..</b>
Asignación Familiar DOCR. CARGAS .....	Eº 145,68..
.....	Eº .....
<b>TOTAL HABER</b>	<b>Eº 235,83..</b>

Exento Imp. a la Renta

### DESCUENTOS:

5 % Fondo de Retiro .....	Eº 4,51..
2 % Asignación Familiar .....	Eº 1,80..
2 % Fondo de Jubilación .....	Eº 2,80..
1 % Fondo de Cesantía .....	Eº 0,90..
0,5% Fondo Reconstrucción (Ley 14.171) .....	Eº 0,45..
¼ Primer Sueldo o diferencia mayor Sueldo .....	Eº .....
10 % De la Gratificación .....	Eº .....
Remuneraciones Comisiones Mixtas (En c/año) .....	Eº .....
Impuesto a la Renta: Total Ganado .. Eº 90,15 ..	Eº .....
Menos Descuentos Legales .....	Eº .....
Cantidad afecta a Impuesto 3,5% .....	Eº 3,163
Ley 11.766 ¼% .....	Eº 0,22..
Abonos a Préstamos de Auxilio .....	Eº .....
Abonos a Préstamos de Reintegro .....	Eº .....
Dividendo Hipotecario .....	Eº .....
Prima Seguro de Vida .....	Eº .....
Vales o anticipos .....	Eº .....
.....	Eº 9,68
<b>SALDO</b>	<b>Eº 226,15..</b>

Certifico que he recibido de **SOCIEDAD AGRICOLA OLAVE HERMANOS LIMITADA** la suma de **DOSCIENTOS VEINTISEIS ESCUDOS Y 15/100**..... a mi entera satisfacción y que no tengo cargo ni cobro alguno posterior que hacer, por ninguno de los conceptos comprendidos en esta liquidación.

ISLA DE MALEO, 28 de FEBRERO..... de 1967.

BIBRO  
N.º 61

*Sergio Maurera*  
.....  
FIRMA DEL EMPLEADO

# LIQUIDACION DE SUELDO

Nº \_\_\_\_\_

EMPLEADO SR. SERGIO MAUREIRA LILLO

Liquidación del mes de ENERO de 196 4.

Sueldo del mes Eº 90,15

Horas Extraordinarias REAJUSTE DE SUELDO Eº 35,87

Comisiones según estado Eº \_\_\_\_\_

Gratificaciones Eº \_\_\_\_\_

Eº \_\_\_\_\_

**TOTAL GANADO** Eº 126,02

Asignación Familiar ONCE CARGAS Eº 184,91

REAJUSTE ASIGNACION FAMILIAR año 1963 DOCE CARGAS Eº 228,96

**TOTAL HABER** Eº 539,89

**DESCUENTOS:**

5 % Fondo de Retiro Eº 6,30

2 % Asignación Familiar Eº 2,52

2 % Fondo de Jubilación Eº 2,52

1 % Fondo de Cesantía Eº 1,26

0,5% Fondo Reconstrucción (Ley 14.171) Eº \_\_\_\_\_

1/4 Primer Sueldo o diferencia mayor Sueldo Eº -,-

10 % De la Gratificación Eº \_\_\_\_\_

Remuneraciones Comisiones Mixtas (En. c/año) Eº 0,19

Impuesto a la Renta Total Ganado Eº 126,02

Menos Descuentos Legales Eº 14,37

Cantidad afecta a Impuesto % Eº 111,65 -,-

Ley 11.768 1/4% Eº 0,32

Abonos a Préstamos de Auxilio Eº \_\_\_\_\_

Abonos a Préstamos de Reintegro Eº \_\_\_\_\_

Dividendo Hipotecario FONDO REV. PENSIONES Eº 0,63

Prima Seguro de Vida FONDO DESAHUCIO Eº 0,63

Valos o Anticipos Eº \_\_\_\_\_

**Eº 14,37**

**SALDO** Eº 525,52

Certifico que he recibido de SOCIEDAD AGRICOLA OLAVE HERMANOS LIMITADA

la suma de QUINIENTOS VEINTICINCO ESCUDOS Y 52/00

a mi entera satisfacción y que no tengo cargo ni cobro alguno posterior que hacer, por ninguno de los conceptos comprendidos en esta liquidación.

ISLA DE MAIPO, 31 de ENERO de 196 4.

BURO Nº 60

*Sergio Maureira*  
FIRMA DEL EMPLEADO

# LIQUIDACION DE SUELDO

EMPLEADO SR.	<i>Lucio Mauricia</i>	Nº	
	Liquidación del mes de		de 19 <i>89</i>
Sueldo del mes		Eº	<i>294</i>
Horas Extraordinarias	<i>Amunt.</i>	Eº	<i>42</i>
Comisiones según estado		Eº	
Gratificaciones	<i>a da. gratificación</i>	Eº	<i>193</i>
		Eº	<i>578</i>
Asignación Familiar		Eº	<i>710</i>
		Eº	
	<b>TOTAL GANADO</b>	Eº	<u><i>1289</i></u>
		Eº	
		Eº	<u><i>1289</i></u>

**DESCUENTOS:**

5 % Fondo de Retiro	<i>12,5%</i>	Eº	<i>4825</i>
2 % Asignación Familiar		Eº	
3 % Fondo de Jubilación		Eº	
1 % Fondo de Cesantía	<i>1% accidental</i>	Eº	<i>386</i>
0,5% Fondo de Reconstrucción		Eº	
0,5% Fondo Revalorización de Pensiones		Eº	
0,5% Fondo Desahucio		Eº	
¼ Primer Sueldo o diferencia mayor Sueldo		Eº	<i>92</i>
10 % de la Gratificación		Eº	
Remuneraciones Comisiones Mixtas (En c/año)		Eº	<i>0.58</i>
Impuesto a la Renta: Total Ganado		Eº	<i>386</i>
Menos Descuentos Legales		Eº	<i>144.68</i>
Cantidad afecta a Impuesto 3,5%		Eº	<i>247.31</i>
Ley 11.766 ¼%		Eº	<i>8.45</i>
Abonos a Préstamos de Auxilio		Eº	<i>96</i>
Abonos a Préstamos de Reintegro		Eº	<i>23</i>
Dividendo Hipotecario		Eº	
Prima Seguro de Vida		Eº	
Vales o Anticipos		Eº	<i>34.46</i>
		Eº	
		Eº	<i>211.26</i>
		Eº	<u><i>1.077.74</i></u>

**SALDO** Eº *1.077.74*

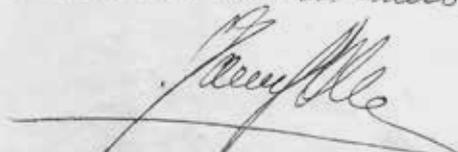
Certifico que he recibido de *Aguirre Utría y Cia. Ltda.*  
 la suma de *un mil setenta y seis* *cientos* *74* / *00*  
 a mi entera satisfacción y que no tengo cargo ni cobro alguno posterior que hacer, por  
 ninguno de los conceptos comprendidos en esta liquidación.

*28* de *8 mes* de 19*89*.

*[Firma]*  
 FIRMA DEL EMPLEADO

Recibi de don Sergio Moreira la suma  
de E° 10.000 (diez mil escudos) a cuenta del  
arrendo de la Tierra denominada La Diaz,  
hasta el 30 de Mayo de 1973

El valor total que es de E° 35.000.-  
se enterará en la siguiente forma:  
25.000.- en el curso del mes de mayo  
de 1973

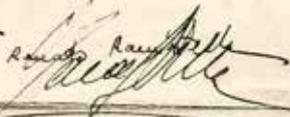


Paralelo a su trabajo de  
empleado en los fundos  
del valle del Maipo, Sergio  
Moreira Lillo debía  
arrendar tierras para  
generar el sustento para su  
crecida familia.

Isa de Maipo  
10 de agosto de 1922

El que suscribe Renato Kauristella  
Gerardi cat. 24865 Villavieja, domiciliado  
en Fundo "Don Enrique", Villavieja de  
plena autorización a Sena Ju Sergio  
Mauriceira Lillo para que trabaje  
libremente la Chaca La Hija de  
propiedad de su mujer Sena Mauriceira  
Hija de Kauristella.

El Sena Mauriceira puede utilizar toda  
la tierra, según acuerdo, hasta el 31 de  
mayo de 1923 y con la opción de  
un acuerdo más amplio a empesar desde  
el 1º de junio de 1923.

Renato Kauristella  


# LIQUIDACION DE SUELDO

Nº 8

EMPLEADO SR.

**SERGIO MAUREIRA LILLO**

R.U.T. 2.182.669-3

Sueldo del mes de **SEPTIEMBRE** de 1973 E° 10.880,00  
 Horas Extraordinarias E°  
 Comisiones según estado E°  
 Gratificaciones (que excedan los límites de la legal) E°  
**TOTAL GANADO E° 10.880,00**  
 Asignación Familiar **8 CARGAS.** E° 4.800,00  
**TOTAL HABER E° 15.680,00**

**DESCUENTOS:**

5% - Fondo de Retiro 14.345 % E° 1.561,00  
 9.345% - Impositivos - Empart E°  
**IMPUESTO A LA RENTA:**  
 Total Ganado E° 10.880,00  
 Menos Desc. Exentos E° 1.561,00  
 Cantidad afecta a % E° 9.319,00  
 0,29% - Ley 11.766 Est. Educ. E° 326,00  
 Abonos a Préstamos de Auxilio E° 32,00  
 Abonos Reintegro E° 69,00  
 Dividendos Hipotecarios E°  
 Seguro de Vida E°  
**E° 1.988,00**  
**E° 13.692,00**

**ALCANCE LIQUIDO** E°  
**VALES O ANTICIPOS** E°  
**SALDO** E° 13.692,00

Certifico que he recibido de **AGRICOLA CELSI Y CIA. LTDA.**  
 la suma de **TERCE MIL TRESCIENTOS NOVENTA Y DOS ESCUDOS 0/100**  
 o mi entera satisfacción y no tengo cargo ni cobro alguno posterior que hacer, por  
 ninguno de los conceptos comprendidos en esta liquidación.

Isla de Maipo, de **SEPTIEMBRE** de 1973  
  
 FIRMA DEL EMPLEADO

**NOTA** - Los Descuentos Impositivos - Empart, del 9,345% comprende: 2% Asig. Fam., 3% Fdo. de Jub., 1,16% Fdo. de Cesantía, 1% Asist. Médica y Dental, 0,5% Fdo. de Bases, 1% Fdo. Ser. de Pensiones, 0,6725% Fdo. de Desahucio, 0,0125% Sam. Com. Mixto.  
 Los descuentos deben calcularse sobre el total ganado con un tope máximo de 8 Sueldos Vitales.

*Sergio Maureira Lillo*

A fines de septiembre de 1973, una semana antes de ser detenido y desaparecido, Sergio Maureira Lillo recibió su última liquidación de sueldo.

## UNOS PEQUEÑOS GUSTOS

Entretanto, Sergio seguía trabajando duro en el fundo Naguayán y los pequeños predios arrendados u otorgados en medianía. En sus afanes era acompañado por sus hijos casados y solteros, porque había que seguir alimentando esas numerosas bocas. No menos rigurosa era la vida para Purísima y sus hijas, que en temporada de vendimias o en la corta estación de porotos dejaban el alma en los campos.

Su estabilidad en el trabajo, y el hecho que los hijos mayores ya se habían independizado, generando sus propios ingresos, permitieron a Sergio a hacerse de un pequeño capital y de maquinaria. Es así como adquirió del propio fundo Naguayán un tractor Nuffiel 10/60 usado, que le permitía aliviar el duro trabajo de arado y rastreado de la tierra, pues hasta ese momento lo hacía bajo la antigua forma de tracción animal, con caballo. Esta adquisición puso de manifiesto, una vez más, la visión futurista y responsable de Sergio, que en lugar de gastar sus escasos recursos en los placeres de la diversión o el trago, como era común entre muchos campesinos de ese entonces, optó por hacer una inversión, siempre pensando en su familia y en el resto de los integrantes de esta.

Y aunque los dineros seguían siendo escuálidos, hubo oportunidades en que se apartaron por momentos del alto grado de austeridad que debían llevar. Motivados por la expectación que implicaba la llegada del hombre a la Luna, la familia quiso darse un gusto y once días antes que Neil

Armstrong pusiera un pie en el satélite natural, el 20 de julio de 1969, su hijo Sergio Manuel adquirió un televisor Geloso 8 F, a un costo de 4.531 escudos, pagando 1.396 escudos al contado y los restantes 3.125 en once cuotas. Esto permitió al clan ver en el living de la casa uno de los episodios más importantes del siglo XX. Por supuesto que abrieron las puertas a la vecindad y juntos compartieron tan magna ocasión. El lujo de contar con un televisor equivalía a invertir cuatro sueldos mensuales, pero bien valía la pena porque también le permitía a la familia distraerse de sus preocupaciones cotidianas.

Era en las tardes, tras la extenuante jornada laboral, que don Sergio se ponía frente al televisor, arrellanado en su sillón favorito, para ver la serial *Bonanza*, combatiendo los atardeceres fríos con un chal sobre sus rodillas. Se sentía cautivado por las aventuras semanales de la familia Cartwright, encabezada por aquel patriarca tres veces viudo. Quizás veía en los protagonistas de aquella historia en la hacienda La Ponderosa un símil deseo de su propia esperanza. Sentíase también identificado por cuanto contemplaba a los vecinos cuidándose unos a otros y luchando por las causas justas.

Gran deportista, era un ejemplo para sus hijos, con la totalidad de sus integrantes hinchas del club Universidad de Chile, solazándose con la época de gloria del famoso Ballet Azul, cuyas campañas también seguía por la radio transistor gracias a los memorables relatos de Hernán Solís, Julio Martínez y Darío Verdugo. Ciertamente, vibró con el Mundial de Fútbol Chile 1962, el que siguió a través de las transmisiones radiales. Ello lo inspiró a fundar en 1968 su propio club deportivo, el Robert Kennedy, cuya base eran sus numerosos hijos y los jóvenes del fundo Naguayán.

Sergio practicaba fútbol constantemente desde su niñez y lo siguió haciendo hasta sus últimos años. Incluso, con casi medio siglo a cuestas, se le veía orgulloso jugar junto a sus hijos en competencias locales o en cuanta actividad benéfica requiriera de su presencia. Allí, Sergio encontraba una vía de escape a sus preocupaciones y se sentía joven, participativo y sociable, cuestión que hacía sentirse honrados a sus retoños y a sus hijas, que veían en aquel hombre la combinación de cariño y autoridad en un justo equilibrio.

Pasatiempo de la familia era también la llegada de los circos, cuya temporada esperaban con ansias, especialmente si estos incluían en su *varietés* números de música mexicana. Asimismo, gustaba ir de vez en cuando a algunas de las más afamadas quintas de recreo de Isla de Maipo, como El Portal, El Hangar y la Colo Colo. Allí bailaban corridos y cuecas, que eran los ritmos más queridos de Sergio. Estas visitas se hacían casi siempre después de una jornada deportiva y el ambiente era de alta sociabilidad.

Los paseos eran otra instancia de distracción. Cada año se organizaba un paseo al puerto de San Antonio y a Cartagena, y también se frecuentaba la laguna de Aculeo y, de vez en cuando, arribaban al Quisco o a Pichilemu. Eran tiempos de plenitud, especialmente a partir de la segunda mitad de la década de 1960, cuando la calidad de vida en materias socioeconómicas había mejorado y la evolución política y social apuntaba hacia el respeto a la dignidad de los campesinos.

También había paseos campestres, siempre “achoclonados”, con decenas de amigos y vecinos. Purísima proveía pan amasado, huevos duros y ese té que sabía más delicioso que nunca. Otros aportaban los chuicos de sabroso mosto isleño, obtenido

de las viñas que ellos mismos hacían producir, partiendo en esos tiempos de vendimia tan representativos de esa tierra. Las “tallas” iban y venían, en un ambiente de sana camaradería, mientras niños y adultos correteaban por los campos o chapoteaban en las azules aguas del océano Pacífico.

El matrimonio Maureira Muñoz tenía profundas convicciones católicas. Esperaba con ansias cada mes de septiembre, en que los isleños e isleñas se rinden a los pies de la Virgen de La Merced, imagen a la cual se le ofrenda una arraigada devoción desde el siglo XIX, atribuyéndole el milagro de haber salvado el pueblo de una de las grandes crecidas del río Maipo. La principal celebración de la festividad se realiza el último domingo del noveno mes del año, con una misa solemne y luego una masiva procesión por las calles de Isla de Maipo, con los afamados bailes de los bailantes chinos. Ese domingo Purísima se levanta temprano, hasta hoy, para acompañar la imagen, aunque en los últimos años sus piernas no le permiten salir en la peregrinación para cubrir tan prolongado trayecto, en el que siempre estuvo presente Sergio, que era uno de los anderos, es decir, aquellos escogidos hombres isleños que deben portar la pesada estructura en la cual se pasea a la Virgen.

*Un paseo a las Rocas de Santo Domingo, el 28 de enero de 1962.*



*Retrato en sepia en la plaza de Armas de Talagante.  
De izq. a der.: El Negro Bravo, Sergio Maureira Muñoz, Sergio Maureira Lillo y José Manuel Maureira Muñoz.*



*José Manuel Maureira Muñoz.*



*Sergio Maureira Muñoz.*



*Una alegre imagen con las viñas de Naguayán al fondo: Segundo, Sergio padre, Sergio hijo, a cuyas espaldas apenas se asoma Juan Luis y Rodolfo.*



*Un feliz día de playa.*



*Jorge Antonio, de chaleco oscuro, padecía de una extraña supuración de oídos que la ciencia nunca pudo remediar, por lo cual su padre Sergio realizó una manda a la Virgen de Lo Vásquez. En la fotografía les acompaña Sergio Maureira Muñoz. Además, esta imagen sirvió a la familia para reconocer los pantalones grises a raya que llevaba al momento de la detención.*



*El Robert Kennedy, club que fundó Sergio Maureira Lillo en 1968.*



*Sergio Maureira Lillo refrescándose en un arroyo de la Viña Naguayán.*



*Arriba: Paseo a la laguna de Aculeo en los años 60.*

*Un almuerzo de camaradería en casa de los Maureira Muñoz.*



*Rafael Maureira Muñoz.*



*Ricardo Maureira Muñoz.*



*Purísima y Niño,  
su perro regalón.*



*Una postal de Purísima  
y Sergio en la playa de  
El Quisco a fines de los 60.*



*Paseo de los empleados  
del fundo Naguayán y sus  
familias, alrededor de 1965.*



*Día de entretenión en la  
laguna de Aculeo.*



*Estampas de un viaje a San Antonio organizado por los Maureira Muñoz a comienzos de los 70, en los cuales participaban familiares, amigos y vecinos.*





*La familia y amigos en sus mejores años en Isla de Maipo.  
De pie, de der. a izq.: Carmen, el papá Sergio, Olga, la mamá  
Purísima, Corina, José Manuel, Ana Lorca, Víctor Negro Bravo,  
Armando. Agachados: Jorge, Rafael, Juan Luis, María Cristina  
y Ricardo, entre otros.*



*Arriba: Los Maureira Muñoz en pleno, junto a otros niños que conocieron de los cuidados de Purísima.*

*Una familia sociable y pletórica de amigos.*

*Un retrato de campo, en medio de cultivos de maíz.*

*Segundo Armando y Olga.*



*Sergio, de vestón, posando junto a su querido equipo. Lo integran algunos de sus hijos asesinados en los hornos de Lonquén.*



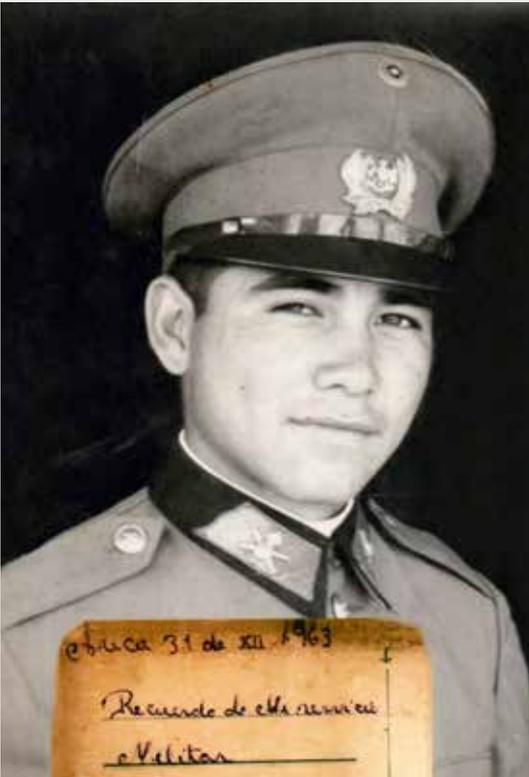
*De pie, vestido de arquero, Sergio Maureira Muñoz; Rodolfo Maureira Muñoz, Sergio Maureira Lillo y Segundo Armando Maureira Muñoz. Agachado, a la derecha, de medias blancas, José Manuel Maureira Muñoz, los cinco miembros de la familia asesinados en los hornos de Lonquén. En vida siempre prestos a colaborar, como en este encuentro deportivo a beneficio de la Escuela Superior n° 8 de Isla de Maipo en 1970, aproximadamente, lo que hace más incomprensible las imputaciones de individuos que compartieron esos momentos de solidaridad junto a ellos.*



*Purísima y Sergio, a la izquierda, el día en que se casó su hijo mayor.*



*Sergio Maureira Muñoz y su flamante esposa, cruzando el pequeño puente que conducía a la casa del fundo Naguayán.*



*Sergio Maureira Muñoz y su foto de recuerdo del servicio militar en Arica.*



FOR THE  
OF THE  
LIBRARY



# SEGUNDA PARTE



La tragedia  
infinita

## AMARGO AMANECER

Apenas había amanecido aquel 8 de octubre de 1973 en los campos del fundo Naguayán de Isla de Maipo, cuando un grupo de mujeres se encuentra a mitad del callejón La Ballica. Son de la familia Maureira Muñoz. Dos de ellas, Corina y Olga, se encaminan a la tenencia del pueblo para consultar sobre la suerte corrida por su padre y sus hermanos José Manuel y Segundo Armando tras la detención de la noche anterior. Las otras dos, Hilda y Elisea, sus cuñadas, vienen en sentido contrario, con destino a la casa del inquilino Sergio Maureira, su suegro, para informar al resto de la familia que sus esposos Sergio Miguel y Rodolfo habían sido arrestados por una patrulla policial. Los verdes sauces llorones que crecen a la vera del camino son los únicos testigos de este momento plañidero.

Sus rostros denotan miedo, han pasado la noche desveladas. Con la respiración entrecortada se narran unas a otras los sucesos de la víspera. Retornan al hogar paterno para poner al tanto de los hechos a Purísima, que hasta ese instante desconoce la suerte de sus hijos casados. La matriarca escucha las malas nuevas con angustia. Rápidamente, las mujeres se organizan. Purísima les alcanza la billetera de Sergio, con su carné y dinero, y retoman el camino a la tenencia, con el nerviosismo de saber que una detención en aquellas circunstancias no era como cualquier otra.

A tranco acelerado retoman el pedregoso camino, mientras a su paso se cruzan con trabajadores que van a los campos y viñedos a iniciar

la jornada laboral. Olga, Corina, Elisea e Hilda se apersonan pasadas las seis de la mañana en la tenencia de Isla de Maipo. Los carabineros a cargo responden a regañadientes que los Maureira y otros detenidos habían sido llevados al Estadio Nacional, a eso de la una de la madrugada. No hubo más información que esa, acompañadas por duras frases: —¡Por algo estarán detenidos esos extremistas!

Poco menos de un mes antes se había producido el golpe militar que provocó la muerte del presidente Salvador Allende, tras el cual se desató una despiadada persecución contra sus partidarios. Los Maureira Muñoz nunca pensaron que el caballo encabritado de la venganza y el odio tocaría con tanta dureza las puertas de sus propios hogares, más aún cuando el esposo e hijos de Purísima tenían un bajísimo perfil en materias políticas, vinculándose esencialmente con las reivindicaciones campesinas y con su simpatía con el gobierno de la Unidad Popular.

En ese momento la vida de aquellas mujeres se partió en dos... no hubo vuelta atrás. Más de cuarenta años han pasado desde entonces, más de cuarenta años desde que la existencia de Purísima fue sacudida por un agujijón que fue penetrando su corazón hasta más no dar. Ni el más avezado y talentoso escritor sería capaz de describir ese suplicio y sería muy pretencioso siquiera intentarlo. Es el comienzo de la tragedia infinita.

## “NO SE PREOCUPE, VOY A VOLVER”

Aquel domingo 7 de octubre de 1973, Sergio Maureira Lillo llegó a casa algo agobiado. Y no necesariamente porque le había tocado trabajar en el campo, sino porque su equipo de fútbol, el Robert Kennedy, no había tenido una buena performance. Cada vez que esto ocurría, el ánimo se le iba por los suelos y prefería guardar silencio, actitud que se había hecho más habitual desde que se produjera el golpe militar. Además, las tardes de los domingos lo volvían melancólico, algo mustio. Se hacían tan escasas las horas para el descanso o la recreación.

*—Viejita, tráeme agüita pa’ lavarme.*

—Al tiro, te la llevo, viejo—, le respondió Purísima, adaptada a la clásica costumbre de su esposo, que al final de cada jornada laboral o deportiva pedía un lavatorio con agua para aliviar sus afligidos pies, empolvados por los caminos de Isla de Maipo. El hombre cumplió con su rutina: se los lavó y secó y luego, a eso de las 19.30 horas, se dispuso a dormir porque al día siguiente le esperaba un arduo trabajo en la viña Naguayán. Lo mismo harían más tarde sus hijos.

Entregado a los sueños y ya con la casa en silencio, a eso de las diez de la noche sienten que llaman a la puerta con algo de alboroto. Es una comitiva de Carabineros, encabezada por el sargento Pablo Ñancupil Raguileo, a bordo de una camioneta blanca del fundo Naguayán. No fue difícil para la patrulla localizar la casa de los Maureira Muñoz, ya que muchas veces los carabineros habían com-

partido con la familia en torno a una grata conversación o un plato de comida. Por eso le extrañó a Purísima cuando Ñancupil le preguntó si allí vivía don Sergio Maureira.

Corina, una de las hijas, recuerda que Ñancupil entró a la habitación de su padre, ordenando a Sergio levantarse para trasladarlo a la tenencia, dejando entrever que se trataría de un procedimiento normal. Sin apuro, mientras otros carabineros hurgueteaban por el resto de la casa en búsqueda de algún elemento que pudiera incriminar al detenido y probar la historia que el jefe del recinto —el tristemente célebre teniente Lautaro Eugenio Castro Mendoza, ya había comenzado a urdir—, Sergio, de un metro y 75 centímetros de estatura y 46 años a cuestas, pelo corto y canoso y un pequeño bigote, se viste con un pantalón plomo con rayas negras, una chomba de cuello en v color mostaza, una camisa color celeste y una chaqueta oscura, una parka tipo gabardina. Luego, la familia siente el sonido del motor alejándose, con la ilusión de tener pronto de vuelta al jefe de hogar; confían en la amistad con algunos uniformados y las muchas veces que habían compartido con ellos en las actividades sociales y benéficas en el pueblo.

—No se preocupe, voy a volver...—, fue lo último que se le escuchó decir a un sereno Sergio, que se mantuvo incólume para no acrecentar el temor de su esposa y sus hijos e hijas, que lo vieron alejarse calmado, sin oponer la menor resistencia. Fue ese el momento postrero en que Purísima pudo distinguir la silueta de su hombre perdiéndose hacia la puerta de salida.

Ya se había iniciado la hora del toque de queda. Ningún civil podía circular por las calles en todo el país, salvo militares y policías. Media hora después de la partida de la comitiva policial que arrestó a

Sergio, sienten que un vehículo vuelve a detenerse frente a la casa del callejón La Ballica. Esta vez los uniformados bajan enfurecidos y con violencia irrumpen en la casa y detienen a José Manuel y Segundo Armando. Uno de ellos intenta pedir explicaciones por la detención, pero como respuesta recibe un violento culatazo en un hombro. José Manuel tenía 25 años. Segundo Armando, 23.

Las mujeres tratan de alcanzarles sus ropas. Como puede, José Manuel se calza unos *jeans* azul, mocasines, camisa escocesa y un chaleco verde de lana. Segundo Armando se lleva un pantalón crema de polycron, mocasines y un chaquetón de color negro. Antes de retirarse, los policías dan una orden perentoria: —¡Nadie puede salir de la casa y apaguen las luces!

El ruido del motor se esfuma en lontananza. Es la primera noche de vigilia, el primero de los perennes desvelos, que habrán de prolongarse infinitamente.

Curiosa resulta la violencia del segundo procedimiento, porque el propio Ñancupil reconoce que el actuar de los detenidos durante la primera detención fue normal: “Cuando detuvimos a las familias Maureira y Astudillo, yo estaba a cargo del servicio. Hicimos un procedimiento como cualquier otro, normal o de rutina. No hubo oposición de parte de los detenidos, ni tuvimos necesidad de emplear algún tipo de violencia en contra de estos ”.<sup>6</sup>

No solo los Maureira habían sido sacados de sus hogares por la paranoia del teniente Castro: la misma suerte corrieron tres integrantes de la familia Hernández y tres de la familia Astudillo. El oficial había enviado a Ñancupil a detenerlos manifestándole que, según él, “estarían haciendo reuniones clandestinas y posiblemente tendrían uniformes de Carabineros en sus domicilios”. Sobre esto,

6. Ñancupil Raguileo, Pablo (1990). *La otra cara de la verdad*. Temuco, Rojas y Claverie Ltda., p. 21.

el subordinado apunta, "... no encontré nada que pudiera servir como para presumir que se tratara de personas de carácter subversivo o que estuvieran planificando algún tipo de atentado".<sup>7</sup>

Horas antes de la redada, el domingo 7 de octubre en la casa de Sergio Maureira Muñoz y su esposa Hilda, ubicada en el callejón Álvarez 205, en un sector conocido como Camino El Rosario, reinaba la alegría, pues acababa de terminar la fiesta de celebración de su pequeño hijo Miguel que, al día siguiente, cumpliría su primer año de vida. Terminada la fiesta, el matrimonio se entregó al descanso, cuando de pronto sintieron fuertes golpes en la puerta. El mayor de los hijos de Purísima se vistió con una camisa floreada y un pantalón verde de mezclilla y antes de pronunciar palabra fue reducido. Al partir intentó contemplar el rostro de su esposa y escuchó el llanto de su niño, que frente a la violencia del proceder policial, había despertado abruptamente.

Unos pocos metros más allá, en Álvarez 261, la patrulla detuvo a Rodolfo Antonio, muchacho bajo, de apenas 22 años de edad. Se vistió con una camisa, protegido apenas con una delgada chaleca de lana y unos pantalones marengo. Su esposa Elisea lo vio encaminarse hacia la puerta, mientras su pequeño de siete meses sollozaba ante tanto tumulto. Fuertes golpes se escucharon, provenientes de la camioneta.

El infortunio había tocado a la puerta de Sergio, sus hijos y otras diez personas, los que habían caído en manos de uno de los más fieles exponentes de la represión que, tras el golpe militar, inició una búsqueda frenética de partidarios del gobierno de la Unidad Popular. Testimonios de campesinos dan cuenta de la forma en que Castro irrumpía en los fundos en búsqueda de dirigentes políticos,

7. *Ibíd.*, p. 21.

dando orden perentoria a sus subalternos de disparar contra cualquiera que osara escapar o no obedecer a sus órdenes. En esas circunstancias se comienza a escribir el capítulo más triste de la historia de Isla de Maipo, que años después los tribunales lograrían ordenar cronológicamente, tras la investigación realizada luego del hallazgo de osamentas humanas en los hornos de Lonquén,<sup>8</sup> y cuyo proceso fuera conocido masivamente gracias al libro que editara el valiente abogado Máximo Pacheco.

Los Maureira Muñoz y los restantes detenidos permanecieron esa noche hacinados en los calabozos de Isla de Maipo, sometidos a indescriptibles maltratos y torturas, amarradas sus manos con alambre de fardos. Los quejidos de las víctimas eran fácilmente audibles por el vecindario, en particular para una vecina, cuya propiedad colindaba con la tenencia. Superando el temor, la mujer se asomó por la pandereta y se atrevió a preguntarle a los uniformados la causa de los gritos de dolor y si algún enfermo requería atención. —¡Mamita, venga de defendernos!—, fue una de las frases plañideras que aún resuenan como eco lastimero de aquel momento. A las pocas horas esos gritos cesaron. Castro, por decisión propia u obedeciendo órdenes de algún superior, había tomado una determinación difícil de dimensionar desde la razón.

Supuestamente, los detenidos debían ser llevados al campo de prisioneros del Estadio Nacional. El mismo sargento que había apresado a Sergio Maureira Lillo debía conducir el camión de la Municipalidad de Isla de Maipo que los llevaría hasta aquel presunto destino. El propio Ñancupil rememora ese episodio:

*En un primer momento mi jefe de Tenencia dispuso que yo fuera conduciendo el mencionado vehículo. Una vez todo listo y dispuesto*

8. La mañana del 14 de septiembre fue detenido en la parcela A de Lonquén, Juan de Dios Salinas Salinas. Ese mismo día fue detenido en La Caperana, Guillermo Bustamante Sotelo, que pertenecía a un sindicato agrícola. Ambos fueron fusilados aquella jornada en el puente de Naltagua.

El 7 de octubre al pasar frente a la tenencia, en la avenida Santelices, fue detenido Manuel Jesús Navarro Salinas (21 años). Avisado el padre de este, en su desesperación concurrió a pedirle al cura Bermeosolo, ferviente partidario del golpe militar, para que preguntara por su hijo. Se le respondió que sería trasladado al Estadio Nacional, habilitado como campo de concentración.

La tarde de aquel día fueron detenidos en la plaza de Isla de Maipo Iván Gerardo Ordóñez Lama (17 años), Miguel Brant Bustamante (19 años) y José Manuel Herrera Villegas (18 años), que se disponía a regresar a Santiago luego de haber visitado a su abuela. Se dice que uno de ellos profirió algunas palabras que provocaron el enojo de los uniformados.

Ese mismo día una patrulla de Carabineros de la tenencia de Isla de Maipo, que se movilizaban en una camioneta particular perteneciente al fundo Na-guayán, propiedad de José Celsi Perrot, detuvo en su casa a Sergio Maureira Lillo, desde cuyo domicilio se dirigieron a la casa de la familia Hernández, donde arrestaron a tres hermanos, Carlos Segundo, Nelson y Oscar Nibaldo Hernández Flores.

Desde allí se dirigieron al camino Rosario, donde procedió a detener a Sergio Miguel y Rodolfo Maureira Muñoz. Desde el domicilio de estos últimos la patrulla siguió rumbo a la casa de la familia Astudillo, donde fue arrestado el padre, Enrique René Astudillo Álvarez y sus hijos Omar y Ramón Astudillo Rojas.

Todas estas personas fueron trasladadas a la mencionada tenencia. Hecho este trámite, por segunda vez, la patrulla se dirigió al domicilio de la familia Maureira y detuvo a dos hijos más, José Manuel y Segundo Armando.

9. Ñancupil. Op. cit., p. 22.

*para salir, mi Teniente se retiró a su domicilio ubicado en el mismo Cuartel. Yo retrasé la salida, porque me fui a la Sala de Armas donde tenía mi cama para dormir, puse llave a la puerta y me arrodillé para orar a Dios el Señor. Después de haber terminado con mi corta oración, me fui rápidamente al camión y en el momento en que estoy subiendo a él, aparece mi jefe de Tenencia, con cara de preocupación y dice: “Ñancupil que no vaya mejor. Torres que conduzca el camión”.<sup>9</sup>*

No era casual la decisión adoptada por el preocupado teniente Castro. Ñancupil no le causaba confianza por su falta de rigor para tratar a los detenidos y no tenía la capacidad de guardar los secretos. Además, si el rostro de Castro evidenciaba preocupación, ¿sería porque había recibido una orden superior o porque ya había tramado un lóbrego plan que estaba por desencadenarse en los cerros de Lonquén?

## ¿DÓNDE ESTÁN...?

La misma mañana en que los carabineros de la tenencia de Isla de Maipo comunicaron a Olga y Corina y a sus cuñadas Hilda y Elisea que sus parientes habían sido llevados al Estadio Nacional, estas rápidamente tomaron una micro que las llevó a la Estación Central de Santiago y desde allí en otra micro al campo deportivo, convertido ahora en campo de prisioneros. Era el mismo lugar donde poco más de una década antes el fútbol chileno había obtenido su máximo logro histórico: el tercer lugar en un Mundial de Fútbol, y donde durante toda una década había deslumbrado el querido Ballet Azul de los Maureira.

Consultaron por ellos, se les llamó por altoparlantes e incluso se les permitió ver los libros de ingreso, pero tristemente constataron que allí no estaban. Un largo peregrinar se inició en aquel instante. No hubo lugar al que los pies fatigados de aquellas mujeres no llegaran. La respuesta fue siempre la misma, para ellas y para los familiares de los Astudillo, de los Navarro, de los Hernández y para tantos otros unidos por la tragedia: ¡No están!

Pasaron los días, los meses, las estaciones. Purísima y su familia lograron respirar y se mantuvieron en pie, en estado de infinita contemplación. ¿Dónde están?, se preguntaban... jamás habría respuesta. A veces, como un espejismo, imaginaban que aparecían por el camino de La Ballica y que corrían los unos al encuentro de los otros para estrecharse en un abrazo fuerte y eterno que les devolviera la vida.

Purísima no sabe cómo pudo resistir aquellos días. A veces parecía flotar en el aire, se sentía lánguida, extenuada, fatigada. Sin embargo, en su corazón no había cabida para la desesperanza y tenía la certidumbre que algún día esa pesadilla terminaría. De pronto, volvía a su realidad, cuando los propietarios del fundo les presionaban para dejar la casa, los que llegaban frente a la debilitada mujer con documentos escritos en que se eximía de toda responsabilidad a la empresa, que utilizaba el concepto de abandono de trabajo por parte de Sergio.

Así, en medio de la desesperación por la necesidad de alimentos para sus hijos, en la viña Naguayán le entregaron las regalías que la lucha de Sergio y los trabajadores habían conquistado, no sin antes obligarle a firmar documentos que encerraban entre líneas una dilatada injusticia. La frase "abandono de trabajo", que en otro contexto no importaría, era como un latigazo a la existencia de la persona indefensa.

La vivienda era el único cobijo para su familia, que seguía siendo numerosa, aunque de pronto le habían sido arrancados cinco de sus integrantes. ¿Dónde habrían de recibir a esa mujer con ocho hijos, su suegra y otro niño que estaba bajo su cuidado? Ni siquiera había espacio para ganarse el pan, porque la viña dictaminó que, salvo un caso, los familiares de los campesinos detenidos no podían seguir trabajando allí. Debilitada, Purísima debía concurrir a firmar cuanto papel se le pusiera por delante, rubricando incluso el perentorio plazo en que debía abandonar la casa que le había proporcionado el fundo a Sergio.



AGRICOLA CELSI Y CIA. LTDA.

VIÑA

**Naguayán**

RECIBO .-

Dejo Constancia que yo Sra. Elena Muñoz de Maureira, esposa del Sr. Sergio Maureira Lillo que hizo abandono de su lugar de trabajo con fecha 6 de Octubre 1973, por motivos ajenos a la Empresa (AGRICOLA CELSI Y CIA. LTDA.), lo cual fue comunicado a la Inspección del Trabajo en carta del 19 de Febrero 1974, recibo en su representación la cantidad de F 93.000,- equivalente a una y media cosecha año 1973 - 1974. (4 Sacos de papas, 4 Sacos de Maiz, 2 Sacos de Porotos y 1 Saco de Trigo.)

*Elena Muñoz*  
.....  
RECIBI CONFORME.

Isla de Maipo, Junio 1974

CANILLA 20 - ISLA DE MAIPO - PUNTO 12

*Certificados expedidos por la viña Naguayán en 1970, en que declaraba que “el Sr. Sergio Maureira Lillo es empleado de nuestra firma desde hace 5 años, tiempo durante el cual se ha mostrado como una persona seria, trabajadora, cumplidora y sumamente responsable de los compromisos que contrae”. La misma empresa que en 1974 despojaría de su vivienda a la familia Maureira.*



CERTIFICADO

Certificamos que el Sr. Sergio Maurera Lillo es empleado de nuestra firma desde desde hace 5 años, tiempo durante el cual se ha mostrado como una persona seria, trabajadora, cumplidora y sumamente responsable de los compromisos que contrae.

Cualquier compromiso que contraiga el Sr. Maurera cuenta con el más amplio respaldo nuestro por estar plenamente conciente de seriedad de este empleo.

Se otorga el presente Certificado a petición de interesado para los fines que le convengan.

AGRICOLA CELSI Y CIA. LTDA.  
~~AGRICOLA CELSI Y CIA. LTDA.~~

Isla de Maipo, 7 de Febrero 1970

RESOLUCION

En Talagante, a treita días del mes de Mayo de mil novecientos setenta y cuatro, se han citado las siguientes personas en presencia del Mayor MANUEL CONCHA M:

- Sra. ELENA MUÑOZ DE MAUREIRA
- Sra. EMA CORTES DE HERNANDEZ
- Sra. ROSARIO ROJAS DE ASTUDILLO
- Sr. GABRIEL COLL CELSI (Ingeniero Agrónomo Viña Naguayán).

A fin de concretar las condiciones en que quedarán las familias Maureira, Astudillo y Hernandez dentro de la Viña Naguayán.

1) Aún cuando no les correspondería recibir algo de la cosecha 73 -74 ya que los respectivos obreros agrícolas trabajaron unos de 200 días, se les entregará el valor correspondiente al 50 % de la cosecha, por pe sona del grupo familiar que trabajó en la Viña. Por lo tanto les corresponderá recibir:

Familia MAUREIRA	1,5 cosechas (\$ 93.000)
Familia HERNANDEZ	1 cosechas (\$ 62.000)
Familia ASTUDILLO	1 cosechas (\$ 62.000)

2) RENE ASTUDILLO continuará trabajando como obrero agrícola de planta de la Viña Naguayán, correspondiéndole hacer uso de la casa y del terreno que se le entrega.

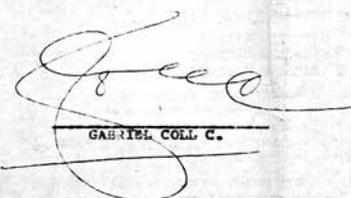
3) Las familias Maureira y Hernandez podrán seguir ocupando las casas, hasta el 31.DIC.1974, fecha en que deberán ser entregadas a la Viña Naguayán. Pueden hacer uso y goce del terreno que se les entrega, junto con la casa. Ningún familiar será contratado en la Viña.

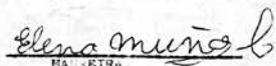
4) Se deja expresa constancia de que estas medidas que se han resuelto tomar, van expresamente encaminadas a ayudar a las familias anteriormente citadas, ante la situación que viven.

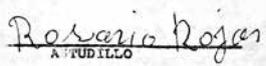
PARA CONSTANCIA FIRMAN:

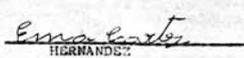
Por la Viña Naguayán

Por las familias

  
GABRIEL COLL C.

  
ELENA MUÑOZ DE  
MAUREIRA

  
ROSARIO ROJAS DE  
ASTUDILLO

  
EMMA CORTES DE  
HERNANDEZ

Para constancia firmaron el empleado de la viña Naguayán; Elena Muñoz, por la familia Maureira; Rosario Rojas, por la familia Astudillo, y Ema Cortés, por la familia Hernández, tres valerosas mujeres que compartían esta agria desdicha.

En los hechos, la casa de los Maureira fue rodeada de un cerco de alambres y se construyó una acequia a su alrededor, tipo trinchera, dejando apenas un pasadizo para acceder a un pozo negro para sus necesidades biológicas. El ganado que poseía Sergio, que eran unos pocos porcinos y algunas vacas, fue dañado —según el testimonio de la familia, los militares acuchillaban el ganado—. Las fuerzas represivas mantuvieron continua vigilancia sobre la cotidianidad de la familia, que para colmo empezó a vivir un aislamiento paulatino de familiares, amigos, vecinos y excamaradas de las víctimas, que no volvieron a verse por allí, ya sea por temor, por estar viviendo su propio calvario, o porque las circunstancias no lo hacían aconsejable. Algunos se alejaron para siempre de la vida política y nunca más, aun retornada la democracia, volvieron a poner sus pies en casa de Purísima, ni siquiera para estrecharla en un abrazo, tan necesario en los tiempos de congoja y desconuelo, que pudiera aplacar ese tormento eterno. Quizás algunos temen un reproche de Purísima que, en su generosidad, jamás lo haría.

Pese a ello, hubo quienes, superando todas las barreras del miedo y la indefensión, sí se atrevieron a estar allí, ganándose el eterno respeto y reconocimiento de las familias sufrientes. Fueron aquellas personas verdaderos ángeles protectores de esa mujer valerosa y sus hijos e hijas indefensos. Sergio Armijo, hijastro de Fernando Maureira Lillo, hermano de Sergio, llegaba con cajas de mercadería periódicamente; el tío Pedro Maureira Lillo, que vivía también en la viña Naguayán y ahogaba sus penas en alcohol, nunca dejó de ayudar a su cuñada y sobrinos. Tam-

bién apareció providencialmente un hermanastro de Purísima, que por años no veía. Era Sergio Vera, quien tras enterarse del caso por algunas noticias de oídas, no dudó en venir a Isla de Maipo a acompañarla, aun a riesgo de su propia integridad. Rafael Bustos, un amigo incondicional de Sergio Maureira, le proporcionaba ropa usada. El carabinero Manuel Cornejo colaboró en la búsqueda y un modesto trabajador del fundo Naguayán, popularmente conocido como Campito, les enviaba comida usando como buen correo a sus hijos más pequeños. Solidaria fue también la familia Huerta Ojeda, un señor conocido como don Puchín, don Raúl, apodado *Guitarra Mocha*, y Olivia Ortiz.

Con gran aprecio recuerdan al sacerdote Ignacio Muñoz, que les entregaba ayuda en alimentos, vestuario y ropas proveniente de la solidaridad internacional. El cura también tomó por ahijado de confirmación a su hijo Rafael, a quien llama cariñosamente *El Gitano*. Siempre ha sido atento y solidario con la familia sufriente. El 30 de abril de 1979, pocos meses después del hallazgo en los hornos, escribía a su comadre Purísima: “Desde Roma, un gran abrazo a mí siempre querida comadre y familia. ¡Ánimo! Siempre unidos en la oración y el afecto que cada día es más fuerte. Su amigo de siempre. Nacho”.

También sienten la gratitud eterna por los profesionales de la Vicaría de la Solidaridad y sobre todo por aquellos y aquellas que, aun llevando a cuestas sus propios dolores, les manifestaban su solidaridad.

También son motivo de gratitud otros curas comprometidos con los derechos humanos como Alfonso Baeza, fallecido recientemente, y José Aldunate, el longevo sacerdote jesuita, así como tantos otros que les llevaron una palabra de consuelo y esperanza.

Purísima también tiene palabras de eterna gratitud para Carlos Velasco, un viejo amigo de su esposo, que le regaló una casa de madera, de cuatro piezas, que instaló en un sitio de la calle Nueva Esperanza de Isla de Maipo, hasta donde llegó la desamparada familias tras dejar atrás, por orden perentoria, la casa del fundo Naguayán.



*Purísima y su hija Corina en la casa de madera que les regaló Carlos Velasco, amigo de Sergio Maureira Lillo. Allí se cobijaron cuando debieron abandonar la casa del fundo Naguayán.*



*Ignacio Muñoz (el padre Nacho), gran amigo, compadre de Purísima, y soporte espiritual de la familia Maureira Muñoz tras la tragedia.*

## LA BÚSQUEDA INCANSABLE

*No dejaré de luchar, lucharé hasta el final, no importa que todas las batallas las pierda y vaya perdiendo partes de mi corazón, ¡qué importa que mi felicidad se marchite!, lucharé hasta el final,* dicen los versos del poeta, los que Purísima ponía en práctica en la incansable búsqueda de sus seres queridos, negándose a aceptar su destino infausto. Es cierto que no daba con el paradero de Sergio y sus hijos, pero para ella y los sobrevivientes ellos estaban en algún lugar y solo había que seguir buscándolos, porque uno de esos días podría haber buenas noticias. Esperanzadas, fueron de una cárcel a otra, de un cuartel a otro, de un campo de concentración a otro, del Estadio Chile al Estadio Nacional, y nada no había respuesta acerca del paradero de sus familiares por parte de los agentes del Estado. Por el contrario, recibían violentas respuestas, tan violentas como irreproducibles.

Así continuaron por cinco años, cinco eternos años, en que la incertidumbre les inundaba los corazones y los despedazaba. Cuando a las afueras del Estadio Nacional veían la salida de detenidos que eran trasladados en buses a otro campo de detención, esperaban que por las ventanillas se asomaran los ojos azules de Sergio o la sonrisa eterna del Coco, para decirles a ellos y a los restantes que estaban allí, que pronto llegaría el reencuentro, mas, no lo hubo, porque Sergio y sus cuatro hijos habían emprendido un vuelo largo y sin retorno... se habían marchado a la eternidad, eternidad que paradójicamente devuelve su memoria para tenerlos más presentes que nunca.

Enviaban un recado tras otro a personas que lograban hacer contacto con sus familiares, pero nada. Los zapatos desgastados, los pies enjutos y agotados, la carencia de dinero incluso para pagar un insignificante pasaje de micro, les hacía caminar cuadras y cuadras bajo el inclemente sol del verano o bajo el frío y la lluvia, a sabiendas que escucharían una respuesta negativa.

No obstante, la vida continuaba. Mientras los hermanos que sobrevivieron a la tragedia se dedicaban a trabajar para obtener el sustento, y la propia Purísima y sus hijas debían salir a los campos, por las tardes se reunían y se ponían al tanto de los hechos del día, aunque a veces no era necesario. Bastaba con mirarse los rostros, de los cuales se habían borrado las sonrisas. El silencio y la contemplación se fueron apropiando de aquella casa bulliciosa de antaño y de su entorno. Presentían y sentían el desprecio, los comentarios mal intencionados, las miradas acusadoras de quienes creían en las versiones de la dictadura. Más fuerte aún les resultaba la indiferencia de muchos de aquellos con los cuales habían compartido tantos momentos.

Las flores de la primavera se fueron marchitando, mas no la esperanza. Llegó el estío y nada. El otoño comenzó a desnudar a los árboles, vinieron las lluvias y luego llegaron nuevamente los aires septembrinos. El dictador y su séquito celebraban el primer año del golpe militar, “pronunciamiento” en su jerga, intentando disfrazar la crueldad.

Don Sergio, sus hijos y las otras diez personas detenidas aquella jornada pasaron a la triste condición de detenidos desaparecidos, aunque el régimen se empeñaba en negarlos. El dictador le encargó al embajador en las Naciones Unidas, Sergio Diez, un ex senador del derechista Partido Nacional, que propagara esa “verdad” oficial.

Atardecía en los cerros azules de Isla de Maipo, que como muralla franquean el meandro que caprichosamente hace el río. Vienen las horas más difíciles, las horas del silencio. Purísima repasa sus mejores momentos con Sergio. El espacio en su cama está vacío, el desamparo la agobia, la soledad la desgarrar. Un profundo suspiro le permite atrapar por un instante el aroma varonil de ese muchacho campesino que se hizo hombre prematuramente junto a ella. Cierra sus ojos y parece verlo flotando en el aire, estampando sobre ella esa intensa mirada clara y prístina. Ya no era el amor de antes, es cierto, pero se habían acostumbrado el uno al otro, ella había perdonado sus aventuras y las entendía como parte de la mentalidad masculina. Una interminable lágrima rueda por sus mejillas, cuando la pone en alerta el ladrido lejano de un perro. ¿Será Sergio quien se aproxima? ¿Serán los niños? Ordena su pelo crespo negro y porfiado con sus manos y se pone en posición de partida para correr hacia ellos y fundirse en el más prolongado de los abrazos. Mira a Sergio y sonrío, su piel morena se ruboriza y le grita en silencio su amor profundo. Llama a sus nietos Miguelito y Carlitos para que conozcan a sus padres. Les cuenta la insomne batalla que ha dado junto a sus hijas e hijos sobrevivientes para ubicarlos. Es solo un sueño. El viento sopla y murmura suave y se desvanece, como se desvanece aquel espejismo. *Demoras y no llegas, para mi infortunio, ausencia que deviene en tragedia, día tenebroso, brumoso...*<sup>10</sup>

10. Versos de  
Miguel Visurraga Sosa.

## LOS HORNOS DE LONQUÉN

Cinco años permaneció en silencio el vientre de los cerros de Lonquén, cuando desde las entrañas de unos hornos resonó, como eco sombrío y sórdido, una terrible verdad que remecería, como volcán en erupción, los cimientos de la mentira oficial: los detenidos desaparecidos si existían.

Fue el jueves 30 de noviembre de 1978, que el entonces cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, citó a una reunión a un grupo de civiles y religiosos en la Vicaría de la Solidaridad, en Santiago. El prelado informó que un sacerdote, bajo secreto de confesión, había recibido la denuncia de un particular sobre la existencia de un cementerio de cadáveres en la localidad de Lonquén. Este religioso, autorizado expresamente por el informante, puso los antecedentes en conocimiento de la autoridad eclesiástica.

Sin perder tiempo, el grupo se dirigió luego a Lonquén, alrededor de las 13.30 horas, en dos automóviles y tomó un camino de tierra que salía del camino público, por donde transitaban unos 10 minutos. Desde allí se dirigieron hasta donde se ubicaban unos hornos de ladrillo revestidos de piedra, en la ladera de un cerro.

Una vez localizados, comenzaron a efectuar excavaciones en la parte inferior. Al poco rato estas arrojaron un macabro resultado: restos óseos humanos, trozos de tela y piedras impregnadas de una materia aceitosa van quedando al descubierto. La impresión de los presentes fue sobrecogedora, turbadora, estremecedora. La confesión era cierta.

De regreso a Santiago, a las 17 horas, dieron cuenta de la misión al cardenal. No se podía perder ningún segundo en actuar, no había que dejar margen de acción a los agentes de la dictadura que, probablemente, ya estarían alertados, dispuestos a esconder la ignominia de un crimen salvaje que podría estar vinculado con la violenta represión desatada. Al día siguiente se formuló una presentación ante la Corte Suprema, firmada por el obispo auxiliar Enrique Alvear Urrutia, el vicario episcopal Cristian Precht Bañados y los abogados Máximo Pacheco Gómez y Alejandro González Poblete.

Visto el caso por los ministros de la Corte Suprema el primero de diciembre de 1978, se remitieron los antecedentes al Juzgado del Crimen de Talagante, ordenando que el juez se constituyera de inmediato en el lugar de los hechos y practicara, con la mayor premura, las diligencias que fueren pertinentes. La jueza Juana Godoy Herrera se constituyó por la tarde, haciendo lo mismo en dos ocasiones más. Extendida la noticia por los medios de comunicación, las familias de todos los detenidos desaparecidos centraron su atención en ese lugar agreste de Lonquén. El régimen intentaba desperfilar los hechos, pero ya era tarde, porque con cada jirón de ropa, cada trozo de osamenta, cada piedra aceitosa, iba aflorando la evidencia de su ferocidad.

Como el caso tenía ribetes extraordinarios, la Corte Suprema designó al ministro de la Corte de Apelaciones Adolfo Bañados como ministro en visita, quien se constituyó en el tribunal de Talagante para iniciar una investigación sumaria, ordenando diversas diligencias. En el lugar se encontraron osamentas y ropas, las que serían vitales para que los familiares descubrieran estupefactos y con gran dolor y resignación que allí

estaban los cuerpos de sus familiares. Purísima se resistía a creer que fueran los suyos, pues había mantenido incólume la esperanza de que un día estarían de regreso.

La causa contempló las declaraciones de varios carabineros y de civiles, familiares y testigos, agricultores, empresarios agrícolas, el administrador del fundo Naguayán y el párroco de Isla de Maipo. El agricultor Ignacio del Carmen Vergara Guajardo, sobreviviente de aquella fatídica noche, detenido cuando se encontraba en casa de la familia Hernández, entregó pormenorizados detalles de la detención, describiendo que mientras iban tendidos boca abajo en la camioneta, recibían golpes. También narra la situación física de algunos apresados.

Para justificar la detención, el jefe de la tenencia de Isla de Maipo, Lautaro Castro, urdió la supuesta existencia de un plan de los detenidos para asaltar la el recinto policial y las instalaciones del agua potable. Para justificar las muertes, el uniformado argumentó que los prisioneros habían caído en medio de un enfrentamiento a fuego cruzado en la oscuridad de la noche entre Carabineros y extremistas parapetados en los alrededores. La declaración es reproducida en forma casi exacta por cada uno de los uniformados que participó en los hechos acaecidos esa madrugada, una escabrosa mentira y vergonzoso pacto con el cual esperaban justificar su proceder.

El ministro Bañados respecto de la declaración de Castro, consideró que:

*... resulta intrínsecamente inverosímil (y lo mismo cabe decir de las declaraciones de sus subordinados). En efecto, no cabe imaginar que, en el supuesto enfrentamiento*

*ocurrido en medio de la oscuridad los proyectiles contrarios hayan alcanzado tan solo a los detenidos y no a los funcionarios policiales que se encontraban prácticamente junto a ellos, y que los impactos hayan sido tan certeros que, uniformemente, causaran la muerte instantánea de las víctimas, sin dejar, por lo demás, rastros o huellas en otra parte.*<sup>11</sup>

El 4 de abril de 1979, el ministro Bañados, al declararse incompetente por ser un caso de justicia militar, concluyó que

*... fluyen presunciones bastantes que permiten sostener, por ahora, que en el horno de cal, objeto de la investigación, se hallaban enterrados los cadáveres de Rodolfo Antonio, Sergio Miguel, Segundo Armando y José Manuel Maureira Muñoz; Sergio Maureira Lillo, Iván Ordóñez Lama, Miguel Brant Bustamante, José M. Herrera Villegas, Manuel J. Navarro Salinas; Carlos Segundo, Nelson y Oscar N. Hernández Flores; Omar y Ramón Astudillo Rojas, y Enrique Astudillo Álvarez.*<sup>12</sup>

En la búsqueda de los tribunales militares por reconstruir aquellos hechos, la causa contempló, en mayo de 1979, las declaraciones de otras personas que conocieron directamente a los Maureira y a otras de las víctimas.<sup>13</sup>

Lo que en realidad sucedió aquella fatídica noche fue una matanza. Siempre se creyó que los campesinos fueron acibillados por disparos, pero fueron ejecutados a golpes, según se pudo determinar en el 2010 al efectuarse peritajes a los restos de huesos, comprobando que estos tenían lesiones traumáticas contundentes.

11. Pacheco Gómez, Máximo (1980). Lonquén. Santiago de Chile, Editorial Aconcagua, p. 94.

12. Op. cit., pp. 226-227.

13. El 23 de mayo de 1979, el cura Ignacio Bermeosolo Bertrán que llegó a Isla de Maipo en 1971, el mismo año en que llegó Lautaro Castro, y luego a Lonquén en 1975, declaró que los desaparecidos Maureira, Hernández y Astudillo tenían activa participación en diferentes hechos políticos como toma de predios y agitación sindical, que efectuaban reuniones clandestinas y que había sido objeto de amenazas por grupos en los que participaban estas personas. También delató la presencia de dirigentes comunistas en Lonquén antes del hallazgo de los cadáveres.

El agricultor José Mario Celsi Perrot, en su declaración ante el juez militar, reconoce que algunos de los desaparecidos eran trabajadores de su fundo Naguayán, ratificando que algunos de ellos propiciaban actividades políticas. También que Carabineros le solicitó la camioneta Ford, modelo 1970, y que seis o siete meses después le fue devuelta. Dice que no denunció a las personas

desaparecidas, ya que no tenía ningún motivo para hacerlo y que no realizó ninguna gestión para saber el paradero de ellos una vez que fueron detenidos.

El administrador del fundo Naguayán, Germán Genskowsky, declaró ese mismo día que la mayoría de los miembros de las familias Maureira, Astudillo y Hernández trabajaban en el fundo. Califica a Enrique Astudillo, Sergio Maureira y Nelson Hernández como personas conflictivas, que creaban diversos problemas de carácter laboral y que tenían reconocida militancia en los partidos de la ex Unidad Popular. Además, señala que “en una ocasión y a raíz que se comentaba de que se estaban efectuando reuniones clandestinas en la zona, que un funcionario de Carabineros me consultó en casa de quién se podían efectuar y qué personas podían participar en ellas, a lo cual le señalé a las tres personas indicadas. Esto fue con posterioridad al 11 de septiembre de 1973 y con anterioridad a la fecha de detención de estas personas”. Finalmente, ratifica la facilitación de la camioneta blanca y que lo mismo hizo otro empresario de la zona y el cura.

No fue ese el único crimen del que se acusaba a Lautaro Castro y su comitiva. El oficial había ordenado la detención de Juan de Dios Salinas (29 años) y Guillermo del Carmen Bustamante Sotelo (39 años) el 14 de septiembre de 1973. Ambos permanecieron detenidos en la tenencia de Isla de Maipo y fueron ejecutados ese mismo día en el puente Naltagua, siendo sus cuerpos arrojados al río Maipo.

Esta causa fue reabierta en el año 2006 y Castro fue citado a declarar en dos oportunidades. En la segunda no se presentó. El 28 de junio del 2007 fue capturado por la Brigada de Asuntos Especiales de la Policía de Investigaciones. El exoficial se ocultaba bajo otra identidad y apariencia física.

El 23 de agosto del 2007 se efectuó la reconstitución de escena en el viejo puente Naltagua. Allí estaban Castro y tres de sus subalternos, mientras a la distancia, desde el nuevo puente, observaban los familiares de los campesinos muertos en ese lugar y en Lonquén. Purísima estaba allí, junto a decenas de familiares de las otras víctimas, para decirle a Castro y sus secuaces que la verdad tarda pero llega. El 21 de agosto del 2008, la ministra de la Corte de Apelaciones de San Miguel, Marta Hantke, lo condenó como autor de secuestro y desaparición de los dirigentes sociales Salinas y Bustamante, pero no a los carabineros autores materiales de las muertes por la colaboración que prestaron en la investigación.

Algunos, para justificar su actuar, seguramente dirán que cumplieron órdenes, que estaba en juego su propia vida, que si no perpetraban ese crimen, serían los próximos en la lista de los superiores, que no trepidarían en apretar el gatillo contra ellos, porque el terror impuesto desde los más altos niveles de la dictadura y que usa-

ba a estos individuos como ejecutores, también podía actuar como un *boomerang*. Otros, quizás son presa del remordimiento, quisieran volver el tiempo atrás para no tener que figurar en las listas que los acusan de tamaño crimen, para que sus hijos no les hubieran reprochado su actuar. Más de alguno, quizás, se lamentará de no haber tenido el arrojo, en aquellos días de terror institucionalizado, para contrarrestar la orden de Lautaro Castro, pesadilla interminable que marcaría para siempre sus desgraciadas vidas, mientras el dictador y sus más cercanos colaboradores, con la complicidad pasiva o activa de civiles, se ufanaban de estar fundando un nuevo Chile.

## LA BÚSQUEDA DE JUSTICIA

A veces Purísima sentía la sensación de no querer vivir para morir, pero desde su concepción profundamente creyente creía que el destino le había reservado la misión de llorar la ausencia de los suyos. Pero ahora tenía un arma poderosa para el régimen: poseer la razón en tiempos de injusticia.

En medio de la infame tragedia y haciendo frente a una interminable tortura psicológica, sintió al menos el alivio de saber que podía venerar a su esposo e hijos, sabiendo que ya estaban muertos y que tendría un lugar donde dejarles una flor, aunque le costó aceptar la realidad. Desde el año en que se descubrieron los cuerpos, los dolientes familiares, amigos y compañeros remontan los ásperos senderos que hace más de cuarenta años caminaron esos quince indefensos prisioneros para evocarlos y dejarles una flor.

Ya conocido el paradero de los suyos, se abrió un nuevo y agotador capítulo: para ella, su hija Olga y las dos viudas de sus hijos, recién empezaba el peregrinar por tribunales. Junto a ellas, el desconuelo y la congoja compartida con los familiares de los otros civiles asesinados por esa caravana de muerte y desprecio. A Olga Adriana le correspondió comparecer el 12 de diciembre de 1978, el 13 a su cuñada Hilda, el 14 a su cuñada Elisea.

El 13 de febrero de 1979, Olga Adriana concurrió nuevamente al Instituto Médico Legal donde se vuelven a exhibir, sobre dos mesones, 25 lotes numerados de vestimentas. Allí estaban algunas de

las prendas descoloridas, como una chaqueta arrugada y raída producto de la acción de la cal, la parka acolchada azul, una chaleca de lana amarilla y una camisa manga larga de color verde, las que pertenecían a su padre. También fue reconociendo las prendas enmohecidas del resto de sus hermanos. Cada confirmación la iba hundiendo aún más, pues era la comprobación de aquel fatal destino. Sintió que sus piernas se doblaban y cayó desmayada, lo que le impidió, por un largo rato, poder seguir testificando. Luego de volver en sí, siguió identificando esos restos que le retrotraían al momento inicial de la tragedia. Incluso pudo reconocer los zapatos de cuero de color café que indistintamente usaban Sergio o Segundo Armando. También comparecieron a aquella escena sus cuñadas Hilda y Elisea.

La propia Olga volvió a comparecer el 15 de febrero de 1979, luego que el día anterior reconociera en el Instituto Médico Legal, la ropa de su padre y sus cuatro hermanos. Había concurrido a esta diligencia con Elisea, quien, impresionada por el espectáculo de ver esas prendas raídas y descoloridas, se quedó en blanco, confusa, impidiéndole ese lapsus reconocer incluso el chaleco de lana que con tanta devoción había tejido para Rodolfo Antonio, como un regalo por el primer aniversario de matrimonio.

Las evidencias estaban. No había duda de la tragedia. De la búsqueda, Purísima y sus hijos e hijas pasaron a una nueva etapa: saber qué ocurrió, quiénes los asesinaron y cómo se haría justicia. Por eso, junto a Rosario Rojas Álvarez, que perdió a su esposo y a dos de sus hijos, y María Hernández Flores, que perdió a tres hijos, que compartían con ella aquel calvario, interpusieron una querrela criminal ante el ministro en visita Adolfo Bañados. El delito era el de secuestro reiterado cometido en las personas de sus familiares, además del delito de falsificación de instrumento público contra Lautaro

Castro, por haber confeccionado una lista de detenidos presuntamente puestos a disposición del campo de concentración que funcionó en el Estadio Nacional. También se acusaba a los victimarios del delito de homicidio calificado.

Valiente el actuar de estas mujeres, que al salir de los tribunales quedaban expuestas a la indefensión total, seguramente observadas sigilosamente por los agentes del régimen que intentaban esconder aquella afrenta y cuyo propósito era desmoralizarlas y abatir sus ánimos en la búsqueda de justicia. La reconstrucción de los hechos era irrefutable. Incluso, los victimarios, al contrario de otros casos de detenidos desaparecidos, donde se negaba la detención, esta vez lo reconocieron. El sargento 2º de Carabineros Luis Acevedo Vargas, que había asumido la subrogancia de la tenencia de Isla de Maipo, señaló que los detenidos habían sido enviados con una minuta sin número de fecha 8 de octubre al campo de prisioneros del Estadio Nacional, donde fueron recibidos conforme, según una firma al reverso de un tal sargento 2º González, el instrumento que había sido presuntamente falsificado, pero que la justicia no pudo acreditar.

Los familiares fueron representados por los abogados Gustavo Villalobos Sepúlveda y Lautaro Campusano Hidalgo, que hacían suyos los riesgos de estampar sus nombres en una acción legal que remecía los cimientos del régimen. El ministro Bañados Cuadra, en riguroso trabajo, cotejó cada uno de los antecedentes.

Cuando en mayo de 1979, el caso llegó a manos de la Justicia Militar, por declararse incompetente el ministro Bañados, toda vez que los crímenes se cometieron cuando los uniformados se encontraban en funciones de servicio, se escribe un nuevo capítulo. Era la misma Justicia Militar ante la cual

Castro ratificaba una y otra vez la existencia, por parte de los detenidos, de un supuesto plan y croquis para atacar el cuartel, que por lo demás nunca se pudo demostrar, pues era una total falacia.

La investigación permitió reconstruir el *vía crucis* de los campesinos. Según palabras de los procesados, antes de llegar a los hornos los detenidos fueron llevados a las minas de Naltagua por la supuesta existencia de armamento. Al no encontrar evidencias, el camión tomó el camino hacia Lonquén por la ruta denominada Las Parcelas. Ya cuando transitaban por las faldas de los cerros, la fatídica caravana detuvo su marcha, cruzó un portón de fierro y dejando los vehículos a 250 metros de los hornos, hasta donde les permitió la accidentada topografía proseguir la ruta, obligaron a descender a los prisioneros, quienes con sus manos atadas, siguieron a pie el sendero trastrabillando en la oscura huella de aquel camino áspero que les conducía a la última estación, cuya hora final ya había sido decidida por el oficial a cargo de los uniformados.

A la hora que los suyos seguían ese enconado rumbo, Purísima, sus hijas y sus hijos menores, esperaban que aclarara y finalizara el toque de queda aquel día lunes para transitar por las calles e ir a preguntar por sus seres queridos a la tenencia. La misma vigilia hacían sus nueras y los familiares de los restantes detenidos. Nunca más volverían a verlos, ni siquiera como cadáveres, porque los victimarios habían decidido esconderlos, hilando una perversa mentira intentando justificar la horrenda acción. El croquis para asaltar la tenencia y los uniformes de Carabineros, no fueron más que un embuste.

El 2 de julio de 1979 se encargó reo y sometió a proceso a los uniformados Lautaro Eugenio Castro Mendoza, Juan José Villegas Navarro, Félix Héctor

Sagredo Aravena, Manuel Enrique Muñoz Rencoret, Jacinto Torres González, David Coliqueo Fuentelba, José Luis Mario Belmar Sepúlveda y Justo Ignacio Romo Peralta, como autores del delito de violencias innecesarias causando la muerte de las personas detenidas, pero el 30 de julio se les concedió la libertad provisional, previo pago de una fianza de tres mil pesos, la que al día siguiente se redujo a mil pesos. La excarcelación contó con el voto en contra del ministro Sergio Dunlop. Finalmente, el 16 de agosto de 1979, el Segundo Juzgado Militar, sobreseyó total y definitivamente la causa en favor de los reos, aunque ratificaba que se había justificado en los autos el delito de violencias innecesarias causando la muerte de Rodolfo Antonio, Sergio Miguel, Segundo Armando y José Manuel Maureira Muñoz; Sergio Maureira Lillo; Carlos Segundo, Nelson y Oscar Hernández Flores; Omar y Ramón Astudillo Rojas; Enrique Astudillo Álvarez; Miguel Brant Bustamante; Iván Ordóñez Lama; José Herrera Villegas y Manuel Navarro Salinas.

No obstante haberse comprobado el terrible crimen, el régimen había dictado un decreto ley el 18 de abril de 1978, signado bajo el número 2.191, en que concedía amnistía a todos aquellos que, en calidad de autores, cómplices o encubridores hubieran incurrido en hechos delictuosos, durante la vigencia del Estado de Sitio comprendida entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978, siempre que no se encontraran a la fecha sometidas a proceso o condenadas. Efectivamente, los uniformados habían sido encargados reos solo en julio de 1979, por lo cual sus delitos quedaron sellados por la impunidad merced a aquella ley dictada por los responsables del gobierno de facto. La resolución de sobreseimiento fue apelada por los abogados Villalobos y Campusano, lo que fue rechazado por la Corte Marcial.







*Doliente procesión a los  
hornos de Lonquén*



*Poco tiempo después del hallazgo, familiares y amigos peregrinan a los hornos de Lonquén, por el agreste camino que siguieron los campesinos y jóvenes detenidos antes de ser asesinados.*



*Una marcha por las calles de Isla de Maipo exigiendo justicia en los años 80.*





## ¡VENGO A CONTARLE AL MUNDO!

Ni la más perfecta censura podía acallar el horror allí desatado. Chile y el mundo, y hasta el más incrédulo ciudadano, estaban notificados: un grupo de jóvenes y campesinos habían sido asesinados mientras permanecían detenidos y sus cuerpos ocultados para esconder la barbarie. La herida estaba abierta y no sería la “verdad” oficial la que contribuyera a cicatrizarla, sino un infinito proceso íntimo de los familiares de las víctimas, el que solo ha podido cerrarse porque algunas madres se lo han llevado a las tumbas donde reposan para siempre.

Poco antes que se produjera el hallazgo en los hornos de cal de Lonquén, Corina Maureira Muñoz, una joven muchacha que apenas se empinaba por los 20 años, superando todos los miedos, invitada por el exiliado Mario Muñoz, aquel joven mapucista que concurría hasta la casa del fundo Naguayán a fines de los 60 y comienzos 70, partió a Europa. Había que gritarle al mundo las atrocidades, había que contrarrestar el discurso macabro que negaba la existencia de los detenidos desaparecidos. También le recibió Carlos Rubio, que tras la vuelta a la democracia sería jefe de gabinete del presidente Ricardo Lagos.

Mario Muñoz, junto a Antonio de la Ravanal, fue uno de los pocos excamaradas de los Maureira que se mantuvo atento a tender una mano a la angustiada familia. Muñoz había estado a un tris de ser fusilado en dependencias militares en Talagante, pero el oficial a cargo cambió la condena

por libertad condicional, quizás una jugada estratégica que permitiera efectuarle un seguimiento y descubrir más “subversivos”. Meses después, fue apresado y comenzó un largo peregrinar por recintos de detención y campos de concentración hasta que logró salir de Chile, impulsando desde la entonces República Federal Alemana diversas acciones solidarias.

Fue así como Corina, burlando todos los sistemas de seguridad dictatoriales, ayudada por Gracia Bannen, una funcionaria de la línea aérea germana Lufthansa, para cuya familia se desempeñaba como empleada doméstica, consiguió pasaporte y pudo despegar hacia el viejo continente el 7 de febrero de 1979. Por su precaria condición económica, Corina viajó con ropa que le facilitó una amiga de nombre Patricia Ángel, su entrañable compañera de curso en la Escuela n° 9 de Isla de Maipo. Parecen pequeños gestos, pero qué grandiosos en aquel contexto de terror en que el miedo se agigantaba, pero la valentía lograba suprimirlo.

Fue en uno de esos foros internacionales, en Ginebra, que Corina se topó con un delegado del régimen que, antes que ella iniciara su discurso, se retiró de la sala, a manera de protesta contra la indesmentible verdad de la cual aquella joven isleña era portadora y que sirvió para que el mundo pusiera los ojos en este largo y malherido país, donde se violaban los derechos humanos. El 16 de marzo la voz de esta muchacha morena resonó con fuerza en los salones y fue traducida a decenas de idiomas, contribuyendo a desenmascarar a Pinochet, Merino, Leigh y Mendoza, los cuatro que encabezaban ese régimen de pánico y espanto desde sus inicios.

—¡Soy de una familia campesina de Isla de Maipo, de mi querido país, Chile. Vengo a contarle al mundo que mi padre y cuatro hermanos fueron deteni-

dos y hechos desaparecer por el régimen dictatorial en octubre de 1973. Si bien pudimos reconocer las ropas de mi padre entre los restos de los hornos de Lonquén, ellos niegan la existencia de mis hermanos, como si nunca hubieran existido. Ellos han pretendido negar en el mundo esta terrible realidad. Es el mismo drama que toca a otras familias de campesinos y jóvenes de Isla de Maipo y cientos de familias chilenas!—, exclamó la joven trabajadora ante un auditorio estupefacto.

Casi cinco meses duró ese periplo por la República Federal Alemana, Suiza, Holanda, Italia y la República Democrática Alemana, acompañada por Víctor Bórquez, exiliado en la RFA. Un funcionario de la ONU, de incógnito, para denunciar cualquier ataque del que pudiera ser objeto Corina en su trayecto de vuelta a Chile, le acompañó en el avión hasta Buenos Aires. Ella jamás supo quién fue. En el aeropuerto de Pudahuel le esperan su familia, abogados y representantes de organismos de derechos humanos para actuar ante cualquier intento del régimen por detenerla o impedirle el regreso a su tierra.

Mientras Corina se presentaba en los foros internacionales, contando la tragedia familiar, agentes de seguridad del régimen, disfrazados de periodistas de medios televisivos, venían a increpar a Purísima y sus hijos. Se trataba de atemorizarles, mas, no lograron amilanar la fortaleza de aquellas admirables mujeres que transformaron el dolor y el miedo en valentía sublime.



OFFICE DES NATIONS UNIES A GENÈVE

Organisation non gouvernementale - Cat. Ros

WORLD PEACE COUNCIL



Mrs Corina Maureira

Carte N° 50

Valable 28/2-16/3/79

Chef du Groupe de la Sécurité

*En 1979, Corina Maureira, habló en Ginebra ante delegados de decenas de países de las Naciones Unidas para decirle al mundo que, contrario a lo sostenido por la dictadura militar, los detenidos desaparecidos sí existían, siendo su padre y cuatro hermanos testimonio de aquello.*

## EL DOLOR ES COMO UN BORRACHO...

*El dolor es como un invitado borracho..., cuando parece que se ha marchado, vuelve a darte un último abrazo.*

Tan extraordinaria frase, cuyo autor se pierde en el olvido, sintetiza en toda su dimensión la tragedia infinita de Purísima. Se cerraba un capítulo, pero tras cartón se abría otro: la ausencia de castigo a los culpables no fue lo último que enfrentó. Ahora debía pedir la entrega de los restos de su esposo y sus hijos para otorgarles digna sepultura, lo mismo que a las restantes víctimas. El fiscal no dio lugar a la petición, pero la Corte Marcial ordenó lo contrario, el 11 de septiembre de 1979, el mismo día en que la dictadura celebraba el sexto aniversario del golpe. Había transcurrido casi un año del hallazgo en los hornos de Lonquén.

Frente a la seguridad que el titular de la Segunda Fiscalía Militar daba sobre la devolución de los restos, según lo había ordenado el organismo superior, la tarde del viernes 14 de septiembre de 1979, los familiares se congregaron en la iglesia Recoleta Franciscana para realizar una misa de funeral. El fiscal, sin embargo, no envió el esperado oficio al Instituto Médico Legal para que se entregara los huesos rescatados de los hornos. Esperaron toda la tarde, toda la noche, cuando, consternados y abatidos, se enteraron que funcionarios del instituto forense ya los habían inhumado en la fosa común del cementerio de Isla de Maipo, sin siquiera consultar o al menos comunicarlo a sus afligi-

dos parientes. Incluso se habían incluido en aquella clandestina sepultación los restos de don Sergio Maureira Lillo, el único que había podido ser identificado fehacientemente. El régimen temía que las imágenes de los familiares y cientos y miles de chilenos llorando a sus deudos, se expandieran por el mundo entero.

Los familiares interpusieron un recurso de queja en contra del fiscal de la Segunda Fiscalía, Gonzalo Salazar Swett, a quien acusaron de desconocer la resolución de la Corte Marcial, la que le aplica una censura por escrito y pone los antecedentes en manos de la Corte Suprema, con fecha 4 de enero de 1980. Sin embargo, este organismo resuelve a favor del fiscal.

Los golpes se sucedían uno tras otro. Quienes tenían la misión de hacer justicia no lo hacían y preferían mantener una actitud de obsecuencia con el régimen dictatorial. Enfrentados al largo y doloroso calvario, a las familias no les quedó más alternativa que poner en riesgo sus propias vidas, realizando huelgas de hambre, apoyados en jornadas de oración y ayuno por obispos, sacerdotes, religiosas y otras personas conmovidas con la adversidad que se cernía sobre esas acongojadas mujeres, madres, abuelas y esposas. Purísima estaba entre ellas y pasó a ser el símbolo viviente del esfuerzo que doblega los males y que da paso a la admiración.

Ante el agravio de que fueron víctimas los familiares, la iglesia de Santiago alzó su voz porque la dignidad humana había sido violentada y reclamó en forma enérgica por la insensibilidad frente al dolor del prójimo, reiterando su deber moral de seguir acompañando a los familiares y, más decididamente aun, apoyarlas en las gestiones legales que les brindaran al menos un poco de alivio.

El cardenal Raúl Silva Henríquez decidió que se abrieran las puertas de la catedral de Santiago la mañana del 15 de septiembre de 1979, para realizar allí la misa de funerales, orar por las familias que sufrían y pedir por la conversión de los responsables de tan horroroso proceder.

En la búsqueda de justicia, Purísima puso en riesgo su integridad física. Muchas veces se la vio empapada, soportando el olor nauseabundo del agua putrefacta lanzada por el carro lanza aguas o los gases insoportables del “zorrillo”, cuando se realizaban manifestaciones en las calles de Santiago, acompañada por muchedumbres de chilenos que reclamaban justicia y libertad. Ella es una mujer fuerte y valiente, que jamás se hubiera dejado amedrentar por ese tipo de represión, minúscula frente a las veces, especialmente en los primeros años de la dictadura, en que debía realizar trámites y concurrir a declarar apuntada por metralletas.

## EL DESCANSO FINAL

Purísima y las restantes familias debieron esperar 37 años después de ocurridas las muertes y 32 desde que se efectuara el hallazgo en los hornos de Lonquén, para que aquellos huesos tuvieran un nombre. Las osamentas habían sido exhumadas en 2006 desde la fosa común del cementerio de Isla de Maipo para identificarlos completamente con tecnología más moderna. Los familiares debieron concurrir hasta el Servicio Médico Legal para verificar la identidad por medio de muestras. Durante cuatro años el laboratorio Health Science Center, de la Universidad de Texas, realizó exámenes en base a comparación de ADN nuclear, mitocondrial y cromosoma. Los resultados informados fueron de prácticamente un 100 por ciento de correspondencia, por lo que se logró la individualización completa de cada víctima gracias a la diligencia encargada por el magistrado Héctor Solís, lográndose identificar a 13 de las víctimas: Enrique Astudillo Álvarez, Omar Astudillo Rojas, Ramón Astudillo Rojas, Miguel Ángel Brant Bustamante, Nelson Hernández Flores, Carlos Hernández Flores, José Herrera Villegas, Iván Ordóñez Lama, Sergio Maureira Lillo, Sergio Maureira Muñoz, José Maureira Muñoz, Segundo Maureira Muñoz y Rodolfo Maureira Muñoz.

Dos años después, en julio del 2012, se logró determinar la identidad de la decimocuarta víctima, Óscar Nibaldo Hernández. Finalmente, los restos de Manuel Navarro pudieron ser individualizados a fines del 2015, gracias al trabajo de un equipo multidisciplinario del Servicio Médico Legal y a los aná-

lisis genéticos del Laboratorio GMI de Austria, que permitieron determinar su identidad con certeza científica a través del ADN.

Ya con la mayoría de los restos identificados, el 26 de marzo del 2010 se realizó una ceremonia en la plazoleta del Cementerio General de Santiago, en avenida La Paz, en la que el director del Servicio Médico Legal, Patricio Bustos, entregó a los familiares las pequeñas urnas que contienen los restos de sus deudos. Desde allí fueron trasladadas hasta la iglesia Recoleta Franciscana, la misma donde el 14 de septiembre de 1979 esperaban velar a los suyos. El cortejo se dirigió luego hasta el Museo de la Memoria, en calle Matucana, y desde allí partió por el camino a Melipilla, deteniéndose en distintos pueblos para que las víctimas pudiesen ser honradas, antes de arribar a la municipalidad de Isla de Maipo, donde sus restos fueron velados junto al memorial que preserva el calabozo donde las víctimas pasaron las últimas horas. El sábado 27 de marzo, un grupo de artistas les rindieron un homenaje en plaza de Isla de Maipo y al día siguiente fueron enterrados en el memorial ubicado en el cementerio de la localidad, lugar de peregrinación de familiares y desconocidos.

Ahí va Purísima con lo poco que queda de los suyos. Allí va con los que le arrebataron hace 37 años. En aquellas minúsculas urnas no está su Sergio, anciano, encorvado y canoso, ni tampoco sus hijos, frisando los 60 o más años. Solo son unos cuantos y venerados huesos que encontrarán el descanso eterno en el camposanto de Isla de Maipo, tierra generosa y trágica. Es una vida que ya no pudo ser vivida, qué más da, porque ya los tiene junto a ella. La caravana avanza y levanta la mano para saludar los pañuelos blancos y las miradas que se posan sobre su humanidad. Una y otra vez deshoja sus viejos libros imaginarios,

esos que le hablan de tiempos felices y de plenitud en familia.

Purísima arriba cada 7 de octubre al lugar donde estuvieron los hornos, los que han cobrado nueva vida en las romerías que los familiares, compañeros y amigos de las víctimas hacen para honrar la memoria de los mártires. No lo entendieron así los dueños del lugar, sin embargo, los que decidieron dinamitar los hornos en marzo de 1980. No obstante, no pudieron impedir que las personas siguieran llegando hasta allí, aun cuando se colocó una reja de fierro de tres metros de altura guardada por la presencia permanente de un portero.

Desde entonces se empezó a construir la memoria. Poco a poco periodistas, estudiantes y familiares rompieron el cerco del miedo y la casa de Purísima se llenó de vida. Van a conocer y rendir culto a esa mujer valerosa, que lejos de guardar sus penas, cuenta su tragedia una y otra vez, para que nunca más en Chile y en el mundo una esposa, madre, abuela, hija o hermana, vuelva a pasar por los rigores de la infinita barbarie humana.

Es cierto que ya no están los hornos, pero el sitio en que ocurrieron los hechos fue declarado Monumento Nacional el 19 de enero de 1996, estableciendo allí un lugar para la evocación y el reencuentro. El año 2005 el fisco adquirió definitivamente el área de 6,5 hectáreas en las que se encuentra este sitio histórico, al que sin embargo aún no se puede acceder libremente para honrar a las víctimas, salvo en la emblemática fecha en que se conmemora la detención de los campesinos.

Purísima reconoce que solo en los últimos años ha podido reconciliarse con su destino y ha podido hacer su duelo; que sus hijas y sus hijos han vuelto

a sonreír, aunque lamenta que la tragedia les haya arrebatado la adolescencia y juventud. Ahora ellos y ellas han podido comenzar a preocuparse de los problemas cotidianos de sus propias vidas. Le han dado 20 nietos y 21 bisnietos. Todos sienten el orgullo de llevar la sangre de los Maureira, esos nombres con timbre de haber sido esculpidos en el papel, en los libros, en el mármol, en la placa de cobre, con el cincel y la dignidad del hombre y la mujer valiente.

## EPÍLOGO

En casa de Purísima, en Isla de Maipo, los retratos de su esposo y sus hijos marcan presencia. Allí ha construido un altar para honrarlos, allí encuentra la conexión espiritual con los suyos. También está la imagen de la Virgen, de santa Rosa y santa Teresa, a las que les ha encomendado resguardar las almas de su familia celestial y también proteger a su familia terrenal. El altar siempre tiene con flores frescas o de adorno, porque es la forma de brindarle belleza y ternura a quienes han partido, más aún en trágicas circunstancias.

Recuerda que tras los primeros años desde que los cerros de Lonquén desentrañaran esa terrible verdad oculta, su casa comenzó a ser visitada por reporteros extranjeros y por personas que querían profesarle su solidaridad y profunda admiración. A 40 años de esa época esas visitas han mermado, pero los más cercanos se reúnen cada 18 de agosto para celebrar su cumpleaños. Purísima canta, ríe, se emociona y rompe la calma con alguna frase jocosa. El padre Nacho Muñoz y otros siempre se hacen presentes, y si no lo están físicamente, recibe innumerables llamados. También están allí sus solidarios amigos de la Corporación Lonquén, Ángela Guersetti, Juan Luis Gumucio, Rodrigo López, Teresa Donoso, Claudio Calderón, Osvaldo Aravena, y los familiares de las víctimas, encabezados por el actual concejal Emilio Astudillo.

Purísima se aproxima a los 91 años. El médico acaba de hacerle un chequeo. El diagnóstico es que su corazón palpita como el de una muchacha de 19. Es

el vivo reflejo de aquella frase que reza que el dolor te hace más fuerte. Está entera, apenas la agobian unos malestares en sus articulaciones. Está lúcida y viva, es una mártir viviente, es una mujer santa que se alimenta de su profunda fe y de un entrañable cariño a su familia celestial y su familia terrenal. No duda en decir que es feliz, porque está junto a sus otros hijos.

A veces ha visto a Sergio junto a su cama. Es la silueta del hombre que amó por sobre todas las cosas, por sobre todas las desavenencias, por sobre todos los desencuentros, que los hubo y muchos, principalmente por la condición de galán enamorado de aquel que, sin embargo, le dio lo más maravilloso para una mujer: sus hijos e hijas. Aquel hombre la acompañó por muchos años, pero la historia quedó inconclusa.

Un día de octubre del 2013 recorreremos los lugares más emblemáticos de su nonagenaria existencia. Acompañados por su hija Corina, recalamos en el parque del fundo Santa Isabel de Viluco, donde identifica claramente donde estaba la casa de su madre llavera en la que vino al mundo, aun cuando no quedan rastros, porque hoy se levanta allí la morada de los actuales administradores. Mira los añosos y monumentales árboles que se elevan en pos del cielo y vuelve a ser niña por unos instantes. Se acuerda de su entrañable amiga de infancia Inés Grez.

Luego vamos hasta una cancha de fútbol.

*—Por aquí nos perdíamos con Sergio, pero antes todo esto estaba rodeado de zarzamoras—, dice con gracia, recordando los momentos inolvidables de aquel naciente amor.*

Luego, en el auto, se queda en silencio, mira por la ventanilla del copiloto hacia el horizonte, quizás

intentando atrapar en los cielos la imagen de ese joven que un día se presentó ante el mostrador del almacén de la tía Luzmira.

*—Sergio fue mi último hombre. Nunca más he vuelto a tener un caballero a mi lado—, dice.*

*Se queda en silencio... y prosigue.*

*—Yo creo que podría haber tenido algún hombre si hubiera querido, pero a mis cuatro chiquillos nunca los voy a volver a tener a mi lado. ¡Ese es mi dolor más grande!*

Recorremos también algunos lugares del Maipo de su juventud y sus primeros años de matrimonio con Sergio. Desde el auto señala cada lugar, aunque físicamente han cambiado. Aprovecha de visitar a la única hermana que vive, Teresa; las demás ya han partido.

De vuelta a Isla de Maipo nos detenemos en el lugar en que estuvo la casa del fundo Naguayán, el lugar del comienzo de su tragedia infinita. No hay un minúsculo testimonio material de ese espacio, pues ha cambiado todo. Precisar el sitio exacto no es fácil: Corina opina que estaba aquí, Purísima le rebate que estaba acá. Al final logran llegar a un acuerdo y en su imaginación dibujan la casa de los momentos más felices, aquella donde se reunía toda la familia, los amigos, los visitantes; aquella donde ellas y sus vecinos vieron la llegada del hombre a la Luna; aquella donde se juntaban los integrantes del Robert Kennedy y donde planificaban los masivos paseos a San Antonio y Pichilemu; aquella donde las voces de tan numerosa presencia se multiplicaban por doquier; aquella donde vio cruzar a su amado por última vez el umbral de la puerta. También identifican el sector del predio en que Sergio hacía las veces de capataz de las labores agrícolas, obteniendo en muchas oportunidades los mejores rendimientos.

Luego partimos a la calle Álvarez, donde están las casas en las que fueron detenidos sus hijos casados Sergio Miguel y Rodolfo Antonio. Me indica la presencia de los vestigios del tractor que Sergio compró a la viña Naguayán para hacer producir los campos. Otra vez se queda en silencio, quizás imaginando a su esposo y a sus hijos conduciendo aquella ruidosa mole de hierro para hacer productivos los suelos. Me aparto para no interrumpir su acto contemplativo.

Ya camino de vuelta a su casa, con los cerros azules despidiendo la tarde, nos detenemos en la parcela de su hijo menor Juan Luis, en calle Armiño, que la recibe con frases campechanas y alegres. Purísima recorre unas jaulas donde permanecen cuyes y conejos. Les dirige algunas palabras con ternura de madre y se ríe de las gracias de los peludos huéspedes.

Luego, Juan Luis le dice que vaya a ver su bien mantenido invernadero. Corina se opone porque para llegar a ese espacio hay que sortear algunos accidentes del terreno, temerosa que pueda sufrir alguna caída. Juan Luis se impone.

—¡Déjala venir, si mi mamá puede!—, dice mientras la contempla con admiración. A paso cansino, pero mucho más vital que cualquier otra persona anciana, se aproxima al invernadero. Efectivamente, Purísima llega hasta las puertas de plástico y su hijo, con esa entonación simpática y perentoria del hombre de campo, le dice que pase entre los surcos donde crecen las lechugas. Ante una nueva negativa de Corina y de la propia Purísima, le toma de la mano y la hace entrar.

—¡Hay que dejar a mi mami hacer las cosas, ella se la puede, si todavía tiene vida y entereza!—, exclama. El hombre, que irradia optimismo y alegría, le entrega unas verdes y frescas lechugas.

Tras salir del invernadero, Purísima fija sus ojos en unas hermosas azucenas que su hijo cultiva para la venta.

—Mamá, llévese las más bonitas, las que quiera—, le dice.

Una vez en sus manos, la venerable señora las enumera:

—Estas son para Sergio y mis hijos, y estas otras para la Virgen del Carmen, santa Rosa y sor Teresa... Volvemos al auto. En el último trayecto todos nos quedamos abstraídos. Ya es el atardecer. Ha avanzado un día más junto a su prole terrenal, un día menos para el reencuentro con su familia celestial. Otra vez Purísima vuelve a su estado contemplativo, pero denota alegría. En el camino nos cruzamos con un grupo de trabajadores agrícolas que transitan en bicicleta y en cuyos rostros se aprecian las huellas de una extenuante jornada laboral en una de las viñas que la ya crecida zona urbana de Isla de Maipo ha ido encerrando. Purísima los observa, ansiando el esperado y eterno regreso de los suyos, alcanzándoles un lavatorio con agua para que alivien sus pies luego de un día agotador. Mientras, la radio suena...

*Yo aquí entre la nada  
voy a hablar de todo.  
Buscaré a mi modo continuar.  
Y hasta que los años  
cierren mi memoria  
no me dejaré de preguntar:  
¿Dónde estará mi primavera?  
¿Dónde se me ha escondido el sol,  
que mi jardín olvidó,  
y el alma me marchitó?...<sup>14</sup>*

14. *Dónde estará mi primavera.*  
Marco Antonio Solís.



*Arriba: En su casa de Isla de Maipo.*



*Purísima celebrando sus 72 años.*



*A sus 87 años, bailando una cueca con su hijo menor, Juan Luis.*

*Una buena terapia para mitigar las penas: bailando pascuense.*





*El altar donde venera a sus cuatro hijos y su esposo, su familia celestial, siempre adornado con flores.*



*Familia y amigos reciben a Purísima tras un viaje que realizara a Suecia, donde le recibió su hija Olga Adriana, radicada en ese país.*



*Purísima junto a su hermanastro Sergio Vera, de bigote, que se reencontró con ella y la acompañó en cuanto se enteró de la tragedia de Lonquén.*



*Un día de invierno del 2013,  
junto a su cocina a leña,  
conversando con el autor.*



*Sus hijos acompañándola y admirándola siempre.*



**Purísima Elena Muñoz Contreras** concentra en una sola persona las virtudes de una madre de familia numerosa de doce hijos y la entereza para salir adelante en medio de la precaria vida campesina junto a su amado Sergio. Caritativa y solidaria, destaca su humildad, el esfuerzo, la entrega y el amor por los demás, criando a otros cuantos pequeños desvalidos, haciendo carne aquello de que hay más felicidad en dar que en recibir. Trabajadora incansable, fue feliz, y vio crecer a los suyos sacando con grandes esfuerzos los frutos del campo; su casa, siempre llena de voces y risas, fue generosa para todos quienes quisieran entrar en ella.

Cuando la tragedia infinita tocó su puerta, tuvo la dignidad y la tenacidad para enfrentar la crueldad, la tortura psicológica, la injusticia, el desprecio y el desdén de aquellos que en octubre de 1973 le arrebataron a su esposo y cuatro hijos, que junto a otros campesinos y jóvenes de Isla de Maipo fueron víctimas de una atroz sinfonía del miedo en los hornos de Lonquén.

Interminables lágrimas ruedan por sus mejillas. A veces sueña que ve a Sergio y sus hijos con barbas desgredadas y ropas raídas asomando por el umbral de la puerta. Ordena su pelo crespo negro y porfiado con sus manos y corre hacia ellos para fundirse en el más prolongado de los abrazos. Es sólo un sueño. El viento sopla y murmura suave y se desvanece, como se desvanece aquel espejismo.



Ministro Presidente: Ernesto Ottone Ramírez

Subdirectora Nacional: Ana Tironi Barrios

Jefe del Departamento de Ciudadanía Cultural: Moira Delano Urrutia

## **PURÍSIMA DE LONQUÉN**

### **Publicación a cargo de**

Francia Jamett Pizarro (CNCA)

### **Autor**

Hernán Bustos Valdivia

### **Coordinación editorial y corrección de estilo**

Aldo Guajardo Salinas (CNCA)

### **Dirección de Arte**

Soledad Poirot Oliva (CNCA)

### **Diseño y diagramación**

María de los Ángeles Vargas Torres

### **Fotografías**

Cortesía de la Sra. Purísima Muñoz  
y de su familia.

© Hernán Bustos Valdivia

Registro de Propiedad Intelectual n° 240.264

© Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2016

Registro de Propiedad Intelectual n° 272.151 (para esta edición)

ISBN (papel): 978-956-352-172-6

ISBN (pdf): 978-956-352-173-3

[www.cultura.gob.cl](http://www.cultura.gob.cl)

Se autoriza la reproducción parcial citando la fuente correspondiente.

Para la composición de textos se utilizó la tipografía Texta, creada por los diseñadores y tipógrafos chilenos Daniel Hernández Sánchez & Miguel Hernández Montoya ©2015.

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre del año 2016 en los talleres Impresores RR Donnelley Ltda., en la ciudad de Santiago (Chile). Se imprimieron 1.000 ejemplares.

Las fotografías pertenecen a la Sra. Purísima Muñoz y de su familia y su uso ha sido debidamente autorizado para esta publicación.







Esta es la historia de Purísima Eliana, esposa de Sergio Maureira Lillo y madre de Rodolfo Antonio, Sergio Miguel, Segundo Armando y José Manuel, desaparecidos el 7 de octubre de 1973, cuyos cuerpos fueron encontrados en noviembre de 1978 en los Hornos de Lonquén. Es el testimonio de una vida de coraje, dignidad y fuerza, dedicada a la búsqueda incansable de la verdad y la justicia, que ha dejado un legado de esperanza para el futuro de nuestro país. Este libro es una contribución al rescate de esa memoria histórica.

